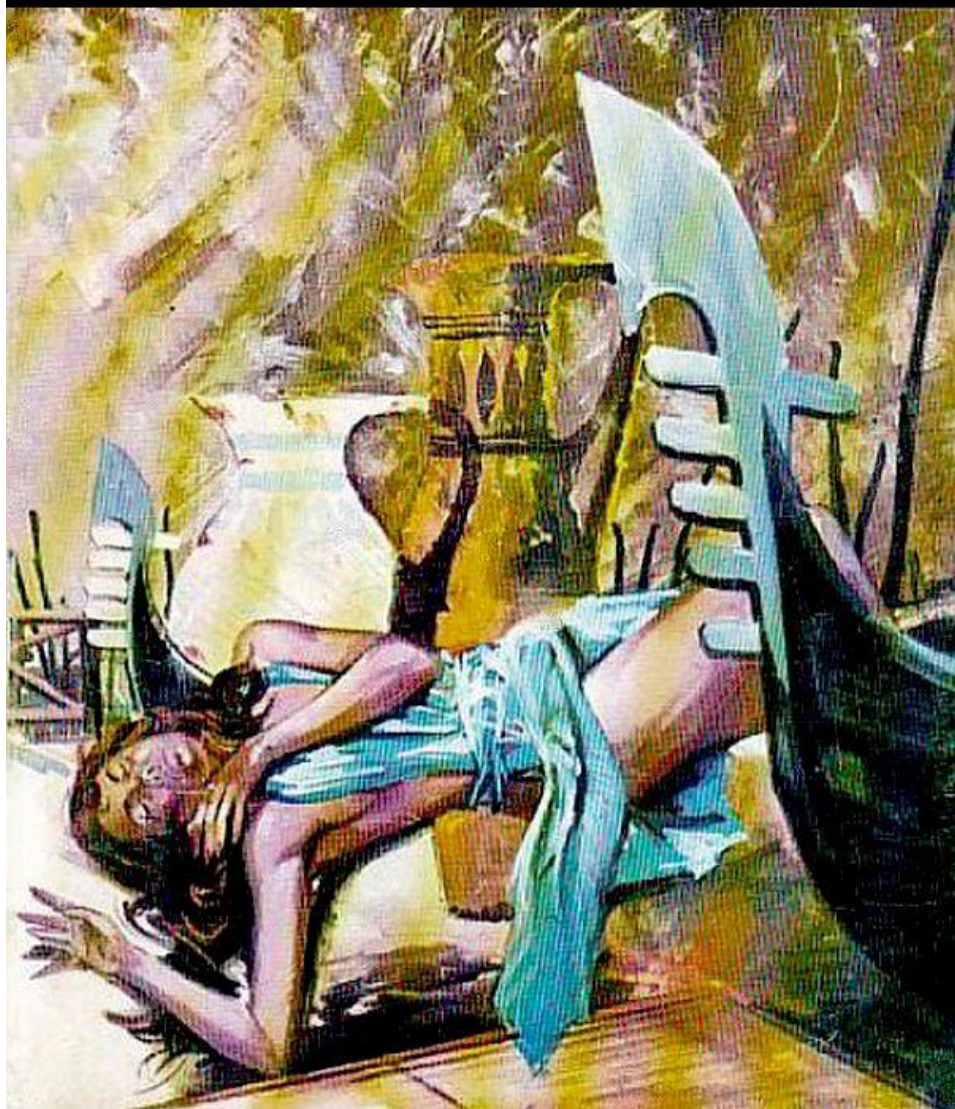


SERVICIO
SECRETO

SS

VENECIA, PARADA Y MUERTE

Adam Surray





Adam Surray

Venecia, parada y muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1565

ePub r1.1

Lds 19.01.19

Título original: *Venecia, parada y muerte*

Adam Surray, 1980

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

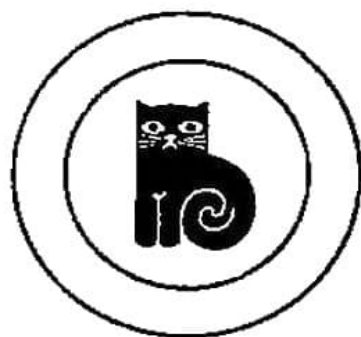
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Sonreí de oreja a oreja.

Eso de que le lleven a uno el desayuno a la cama resulta agradable.

Máxime si es servido por una belleza como Francesca.

—¿Qué te parece, Mark? Zumo de naranja, pizca de anisette, dos dedos de ginebra y chorro de *whisky* Con hielo y en coctelera. Como tú me has enseñado.

—Eres un encanto.

—Voy a por lo mío.

Francesca abandonó la habitación.

La seguí con la mirada.

Próximo a babear.

Me habían hablado de las mujeres italianas. De su belleza. De sus esculturales cuerpos. De su fogosidad...

Francesca rompía todos los moldes.

Lo suyo casi era exageración.

Francesca tenía veinticuatro años de edad. Pelo negro azabache. Al igual que sus grandes ojos. Pómulos ligeramente salientes. Labios...

No.

Imposible definir con exactitud aquellos labios carnosos, ardientes, devoradores...

—¡Ya estoy aquí!

Francesca llegó portando una bandeja.

La depositó sobre la mesa de noche.

—Hazme sitio, Mark.

Obedecí sonriente.

Francesca lucía un deshabillé muy transparente. Era su única

prenda. Anudada tan sólo por una frágil cinta al cuello. Podía admirar sus senos bajo la fina tela de gasa. Unos senos opulentos y erectos. Con saliente pezón centrado sobre la rosada aureola. También eran ampulosas sus caderas de largos y mórbidos muslos.

Se acomodó a mi lado, reclinando la espalda en el cabezal del lecho.

Tomó la bandeja.

—¿Vas a comer todo eso?

Francesca rió divertida.

—Tengo apetito. Tú me lo has despertado con tanto... ejercicio.

—Seguirás engordando.

Francesca, que ya había abrigado una tostada con mermelada, quedó inmóvil. Con sus grandes ojos fijos en mí.

—¿Qué quieres decir, Mark? ¿Insinúas que estoy gorda?

Me aticé un largo trago del combinado.

—Sólo he comentado que...

No me dejó terminar.

Francesca volvió a depositar la bandeja sobre la mesa de noche y saltó del lecho. Tiró de la cinta que se anudaba a su cuello. Y acto seguido hizo caer la negligé a sus pies.

—¡Repítelo, Mark! ¡Di que estoy gorda!

No era la primera vez que admiraba el cuerpo de Francesca en todo su esplendor. Y aun contemplándolo toda una eternidad no dejaría de embelesarme.

Francesca, coqueta, provocativa y desvergonzada, deslizó lentamente las manos por los prominentes senos. Delineándolos con marcada sensualidad. Luego bajaron por la suave curva de su vientre para iniciar el acentuado recorrido de las caderas.

—No, Francesca. No estás gorda, pero sí maciza.

—Eres un...

—Anda, ven... Te puedes enfriar.

Francesca retornó al lecho.

Atrapó la tostada llevándosela a la boca. Al mordisquearla cayó un trozo, que rebotó sobre su seno izquierdo.

Aquello me permitió oír de nuevo su cantarina carcajada.

—Celebro haberme quitado el deshabillé. Se hubiera manchado...

No me gusta el dulce.

Y menos la mermelada, sin embargo mis labios se posaron sobre el seno izquierdo de Francesca.

Hasta dejarlo como una patena.

Con gran entusiasmo por parte de Francesca, que aprisionó mi cabeza contra sus voluminosos pechos.

—Mark... Mark...

Abarqué la cintura de Francesca. Mis labios se deslizaron haciendo un alto en el delicioso ombligo. Al proseguir el viaje, el jadear de Francesca fue en aumento. Se removió inquieta. Sus caderas en voluptuoso vaivén. Con los dedos engarfiados en mi cabeza.

Pese a nuestro mutuo grado de excitación, no pasó desapercibido el ruido.

Como el de una puerta al cerrarse.

Levanté la cabeza enfrentándome con los inquietos ojos de Francesca.

—Parece...

—¡Mi padre!

—¡Maldita sea, Francesca! ¡No puede ser tu padre! Tu padre está en Roma.

Pues no.

No estaba en Roma.

Acababa de empujar la puerta de entrada a la habitación y nos contemplaba con la boca entreabierta.

Forcé una sonrisa tirando de la sábana para cubrirme.

Al hacerlo quedó Francesca al descubierto. También ella tiró de la sábana. Porfiarnos unos instantes hasta compartirla púdicamente.

Rino Girolamo seguía bajo el umbral.

Sin reaccionar, aunque paulatinamente su rostro se iba tornando color bermejo.

Procuré calmarle.

—Tranquilo, señor Girolamo... No es lo que imagina... Pasaba por aquí y Francesca me invitó a tomar el desayuno...

El rostro de Rino Girolamo se fue hinchando como un globo.

Rojo como un tomate.

Y estalló.

Resoplando y maldiciendo se precipitó hacia el armario. Lo abrió bruscamente apartando a manotazos la ropa allí ordenada.

Al girar hacia nosotros nos encañonaba con una escopeta de la época de su abuelo.

—Te mataré, Saylor... Te mataré... ¡Y a ti también, hija desvergonzada! ¿Cómo has sido capaz? ¡Y en la cama de tu santa madre!

Girolamo separó momentáneamente la diestra de la escopeta para santiguarse.

—Oiga, señor Girolamo...

—Tú te callas, Saylor. ¡Maldita sea la hora en que apareciste por la Agenzia Gabbiano! No eras hombre de confianza. Lo demostraste a los pocos días seduciendo a mi inocente hija. Y la has seguido pervirtiendo hasta hoy ¡Te casarás con ella!

Moví afirmativamente la cabeza como si me dieran cuerda.

—Por supuesto, señor Girolamo... Ya pensaba hacerlo, ¿recuerda? Usted mismo señaló la fecha de la boda para dentro de cinco meses.

—Vas a casarte hoy, Saylor. Ahora mismo.

Aquellas palabras resultaron para mí más terroríficas que la escopeta.

Tragué saliva con dificultad.

—Oiga, señor Girolamo... No debe precipitar las cosas. La gente es muy mal pensada. Pueden imaginar que Francesca está embarazada.

No debí decirlo.

Rino Girolamo volvió a enrojecer y a hincharse.

Movió la escopeta como si fuera a ensartarme con el cañón.

—¡Hoy! ¡Ahora! ¡La boda se celebrará ahora!

—Papá...

—¡Cállate, golfa...! Os espero en el salón. Quiero veros vestidos en tres minutos.

Dos minutos y veinte segundos.

Me sobraron cuarenta segundos.

Rino Girolamo estaba contemplando con apesadumbrado rostro la botella de Johnnie Walker.

Francesca le había dado un buen repaso al prepararme el combinado.

—Mi casa, mi cama, mi hija, mi *whisky*...

—Puede descontármelo del sueldo.

—¿El qué? —vociferó Girolamo—. ¿Cómo pagar el honor manchado de mi hija? ¡El haber convertido mi hogar en un burdel! Vosotros, los norteamericanos, sois todos unos degenerados. Unos inmorales sin escrúpulos. Y tú el peor de todos, Saylor. Cuando hace ocho meses te presentaste en la Agenzia Gabbiano...

—Siete meses.

—¿Siete? Juraría que... ¡Siete u ocho...! ¡Qué más da! Lo triste es que llegaste. Sin una maldita lira en los bolsillos. Querías regresar a los EE. UU. Eras un buen conductor, conocías Italia y su idioma. Te ofreciste a trabajar hasta reunir para el pasaje. Y yo, estúpido de mí, acepté contratarte.

—Le estoy muy agradecido, Girolamo.

—Mark ha trabajado muy duro, papá —intervino Francesca—. Reconoce que es uno de tus mejores guías de turismo y...

—¡Me importa un pimiento! —rugió Girolamo, nuevamente apopléjico—. A los pocos días de su llegada os sorprendí en el sofá de la Agenzia Gabbiano. Sí, Saylor. Así eres tú. Mi sangre latina clamó venganza, pero aceptaste de buen grado salvar el honor de Francesca y casarte con ella.

—Soy un caballero.

—Un bastardo. Eso eres, Saylor. Te he olfateado desde el primer momento. ¿Por qué crees que retengo tus pasaportes? De no haberlo hecho, ya te hubieras largado de Italia.

—Jamás abandonaría a Francesca —dijo con mucho énfasis—. Dentro de cinco meses, al unirme en matrimonio con Francesca, me convertiré en el más feliz de los mortales. Girolamo sonrió.

Una mueca muy poco tranquilizadora para mí.

—No, muchacho. No será dentro de cinco meses. Ahora mismo iré a hablar con el padre Vittorio y...

El timbre del teléfono interrumpió a Rino Girolamo.

Acudió al mueble descolgando el auricular.

—Girolamo al habla.

—...

—¡Cielos! ¿Cuándo ha sido eso?

—...

—De acuerdo, Luigi. Gracias por llamar. Sólo demoraremos la salida en unos treinta minutos... Sí, Luigi. Lo solucionaré.

Rino Girolamo colocó lentamente el micro.

Chasqueó la lengua.

—Mario Stoppa ha muerto.

—¿Stoppa? Ayer saltaba como una mona borracha celebrando su cumpleaños.

—Sí, Saylor. Y tanto lo ha celebrado que se ha ido al otro mundo a seguir la juerga. Esta mañana, al no presentarse en el garaje a retirar el autocar para la programada excursión del grupo J.

W. In

ternational *Tour*, Luigi se personó en su casa. Ya estaban retirando el cadáver. Mario Stoppa murió en la cama, abrazado a una botella de *brandy*. De seguro un ataque al corazón o... Stoppa bebía demasiado. Distaba mucho de ser el empleado modelo. Incluso tenía antecedentes penales y un pasado turbulento en Sicilia. Descanse en paz.

—Amén.

—Ha sido una muerte muy inoportuna —masculló Girolamo—. La poderosa J.

W. In

ternational *Tour* había solicitado nuestros servicios. Un pequeño autopullman y un guía—conductor para un grupo de norteamericanos en visita turística Milán-Venecia-Roma. Enrico está de baja, Renzo de servicio en Verona... Sólo me queda Vincenzo Valli.

—Vincenzo sólo habla el italiano y unas pocas palabras obscenas de español —le recordé, esperanzado—. Yo puedo hacerme cargo de ese grupo, señor Girolamo.

—¡No, maldita sea...! ¡Tú tienes que casarte!

Decidí jugar una arriesgada baza.

—Lo estoy deseando, señor Girolamo. Podemos ir ahora mismo junto al padre Vittorio, pero me temo que entre unas cosas y otras se pierda un tiempo precioso. No es aconsejable, en este primer contacto con la J.

W. In

ternational *Tour*, quedar mal con ellos.

—¿De verdad estás dispuesto a casarte con mi hija?

—¿Yo? ¡Claro!

—De acuerdo, Saylor. Lo tendré todo preparado para tu regreso. Tienes razón. Ahora no tenemos tiempo. El autocar ya tenía que

estar en el hotel Flaminia. Corre a tu apartamento y coge lo más imprescindible. Son cuatro días los programados. Te esperaré en la agencia para darte los papeles de ruta, itinerarios, bonos de reserva y todo lo demás. ¡No te demores!

—Sí, papá.

Mi esfuerzo por congraciarme con Girolamo no resultó positivo.

Su mirada cargada de ira me lo dio a entender.

No me importó.

Lo cierto era que, por el momento, había escapado del peligro del matrimonio.

Ignoraba dónde me iba a meter.

De saberlo me hubiera resignado a la bendición del padre Vittorio.

CAPÍTULO II

Las oficinas de la Agenzla Gabblano se emplazaban en la Via Gavirate. Cerca del Ippodromo S. Siro y del Stadio.

La Agenzia Gabbiano no era gran cosa. Una más del montón. Resultaba sorprendente que la J.

W. In

ternational *Tour* la hubiera seleccionado, aunque sólo fuera para un recorrido por el interior.

—¿Ocurre algo, señor Girolamo?

Rino Girolamo me contemplaba como si fuera un monstruo de dos cabezas.

—Tu ropa, Saylor. ¿Son éstos los harapos más decentes que tienes?

—Pasé por la tintorería, pero aún no habían terminado con el *smoking*.

—Siempre tan gracioso, ¿eh? Espera a tu regreso. Cuando te cases con Francesca, ya me conocerás más a fondo. ¿Llevas todo?

Sonreí palmeando la cartera de piel.

—Ya he echado un vistazo. Todo en orden. Permisos, reservas y demás. En esta ocasión el ganado es de primera, ¿verdad?

Mi comentario molestó al sensible Girolamo.

—¡No vas a conducir ganado, maldita sea! Si recibo alguna queja de la J.

W. In

ternational *Tour* o del grupo Baldwin Center School, lo pagarás muy caro, Saylor. Te lo advierto.

El grupo lo componen veinticinco personas distinguidas, ¿comprendes? Esfuérzate en estar a la altura de las circunstancias. ¡Y ahora lárgate! Luigi, para ganar tiempo, ha ido al garaje. Llegará

de un momento a otro con el autocar.

—Falta el dinero, señor Girolamo.

—¿Dinero? Vas a comer y dormir en los mejores hoteles y restaurantes. Todo a cuenta de la Agenzia Gabbiano. ¿Qué más quieres?

—Tal vez se me ocurra comprar una cajetilla de tabaco o tomar una cerveza... Yo no tengo ni una lira. Sería muy feo pedirles a los turistas.

—¿Cuánto llevas ya en anticipos a cuenta, Saylor? Yo te lo diré. ¡Ciento veinticinco mil liras!

—Con la dote de Francesca solucionaré esa ridícula deuda. Girolamo enrojeció.

Cerró los puños una y otra vez.

Creo que siguió el consejo de contar mentalmente hasta diez, ya que su enfado fue reemplazado por una fría sonrisa.

—Bien, Saylor. Iré a por un poco de dinero para tus vicios. Espérame aquí.

Girolamo abandonó el despacho.

Apenas hubo cerrado la puerta me lancé hacia la mesa escritorio. Abrí la tabaquera agenciándome un puñado de magníficos vegueros.

El corazón me dio un vuelco al sentir abrir de nuevo la puerta.

—¡Mark...!

Era Francesca.

—Cielos, Francesca... —Guardé apresuradamente los cigarros en la cartera—. Buen susto me has dado. Creí que era tu padre.

Francesca avanzó hacia mí después de cerrar la puerta.

—Temí no llegar a tiempo de verte, Mark. Toma.

Me tendió un voluminoso sobre.

—¿Qué es?

—Tus dos pasaportes y algún dinero. Los he cogido de la caja fuerte.

—Pero...

—Tómalo antes de que regrese mi padre —sonrió Francesca, añadiendo—: Tampoco yo quiero casarme, Mark. Al menos de momento. Con este viaje se te presenta una buena oportunidad de cumplir tus deseos. En Roma, concluido el trayecto, dejas el autocar en el concesionario de la Agenzia Gabbiano y tomas el avión rumbo

a Nueva York. Creo que no dejas gran cosa en tu apartamento, pero si quieres algo te lo enviaré a la dirección que me indiques.

Contemplé fijamente a Francesca.

Sin reaccionar.

Fue ella la que introdujo el sobre en la cartera de piel.

—No te olvidaré nunca, Mark. Hemos pasado muy buenos ratos juntos, ¿verdad? Si alguna vez decides regresar a Italia, no dejes de visitarme. Los recordaremos de nuevo. —Eres maravillosa, Francesca. ¿Quieres que te diga una cosa? Si alguna vez me entra la locura de casarme, pensaré en ti.

—¡Oh, Mark...! ¡Te echaré de menos...!

Se colgó de mi cuello.

Ofreciéndome sus entreabiertos labios.

No dudé en apoderarme de ellos en apasionado beso de despedida.

—¡Maldita sea! —gritó súbitamente Girolamo desde la entrada del despacho—. ¿Es que no se os puede dejar solos? ¡Siempre haciendo lo mismo!

Nos separamos de inmediato.

Forcé una sonrisa.

—Es la primavera, señor Girolamo...

—¿Primavera? ¡Estamos en plena canícula!

—Para los jóvenes siempre es primavera.

—¡Al diablo contigo! —Girolamo me tendió un fajo de billetes—. Aquí tienes sesenta mil liras.

—¡Por favor, señor Girolamo...! No era necesaria tanta generosidad... Me abruma con su...

—¡Lárgate!

Obedecí.

Bajo el umbral giré para dirigir una última mirada a Francesca.

* * *

El autocar quedó en la Piazza Vesubio.

Imposible estacionarlo en Via Estombol, frente al hotel Flaminia; no obstante, la distancia era muy corta.

Desde la Piazza Vesubio era visible el longitudinal anuncio del Hotel Flaminia.

En la lujosa sala de recepción estaba Carlo Tessari.

Le hablé en italiano.

—Hola, viejo. Vengo a recoger un rebaño patrocinado por la J.

W. In

ternational *Tour*. ¿Sabes algo de eso?

Tessari palideció.

Lanzó una mirada por encima de mi hombro a la vez que murmuraba casi sin voz:

—*Miss Leibman...*

Giré enfrentándome con la mujer.

De unos treinta años de edad. Cabello hacia atrás en severo peinado. Ojos ocultos por unas gafas de sol. Lucía un traje-chaqueta elegante pero muy poco favorecedor.

Aunque pareció molesta por mi penetrante mirada, también ella se dedicó a observarme.

Instintivamente arrugó la nariz.

Puede que no le agradara mi descolorido pantalón tejano, la camiseta de algodón de manga corta y los zapatos deportivos.

—*¿Do you speak english?*

—Seguro. Y con acento neoyorquino.

Mi respuesta sorprendió a la mujer, pero de inmediato reaccionó. Sin corresponder a mi cordial sonrisa.

—¿Es usted nuestro cicerone?

—Ahá. Mi nombre es Mark Saylor.

—La salida estaba programada para las ocho a. m. Son cerca de las diez.

—Resulta que...

—No me interesan sus disculpas, señor Saylor. Comunicaré a la J.

W. In

ternational *Tour* esta informalidad. ¿Podemos salir ya?

—Sí, por supuesto. El autocar está en la Piazza Vesubio. Puede verse desde aquí.

—¿Hay alguna variación en el plan previsto? Me refiero al itinerario marcado por la J.

W. In

ternational *Tour*.

—Ninguna.

—Gracias. Nos reuniremos con usted en el autopullman.

La mujer se alejó hacia uno de los salones sociales del hotel.

A mi espalda sonó la risa de conejo de Tessari.

—Te espera un bonito viaje, Mark.

—Sí, eso me temo...

—Puedes apostar. Llegaron ayer procedentes de París. Ya en el aeropuerto la tal Miss Leibman se dio a conocer. Armó un escándalo por la lentitud de los aduaneros, Aquí, en el Flaminia, hizo cambiar el menú de la cena. De madrugada despertó al director para protestar por el obsceno *show* que daban por la televisión.

—¿El de Mariangela?

—Exacto. Hizo que se desconectara el servicio de televisión en las habitaciones de sus niñas. No quería pervertir a los angelitos. Y esta mañana, por vuestro retraso, la tal Jennifer Leibman movilizó a...

—Ya es suficiente, Carlo. Deséame suerte.

—La necesitarás.

Abandoné el Flaminia.

Al llegar el autocar, accioné las dos puertas de acceso al vehículo y abrí gran número de ventanas. El aire acondicionado, cosa normal en los autocares de la Agenzia Gabbiano, no funcionaba.

Un detalle que avinagraría aún más a la tal Jennifer Leibman.

Encendí un cigarrillo.

Me senté en la escalera de acceso a la parte delantera del autocar.

Veinticinco pasajeros.

Del Baldwin Center School.

Una maestra iracunda, junto con un enjambre de vociferantes y repelentes mocosas.

No era la primera vez que pasaba por aquella alucinante experiencia. Ya había transportado niñas de colegio en excursiones facultativas por Milán y alrededores. Recorridos cortos, aunque para mí resultaban interminables.

Sí.

Las recordaba.

Niñas de trenza y rostro pecoso o granulento. Pegándome la goma de mascar en el asiento. Lanzándome bolitas de papel.

Corriendo por el pasillo del autocar. Saltando en los asientos... y cantando.

Eso era lo más horripilante.

Sus canciones.

Sus voces de grillo capitaneadas por la maestra de turno.

Una delicia.

Un ensordecedor griterío procedente de Via Estombol me hizo levantar con rapidez. Contemplé estupefacto la avalancha humana que corría hacia mí.

Vociferando y riendo.

Allí estaban las niñas.

En desenfrenada carrera.

Me hice a un lado para no ser arrollado por la primera de las... niñas.

La primera en llegar al autocar era rubia y de grandes ojos azules. Lucía una blusa anudada bajo el busto y ceñidos *shorts*.

Al subir colocó el trasero a escasas pulgadas de mi perplejo rostro.

En segundo lugar llegó una morena. Sus senos, ceñidos bajo una fina camiseta de algodón, subían y bajaban descompasados.

—¡Hola! —me saludó, jovial—. ¡Soy Sharon!

Fui incapaz de responder.

Mis ojos estaban demasiado fijos en el agitado movimiento de aquellos senos femeninos. En el efecto causado por los pezones al marcarse bajo la ajustada tela.

Y llegaron más.

Más... niñas.

CAPÍTULO III

Todas ellas frisaban entre los diecisiete y los veinte años de edad.

Todas ellas endiabladamente atractivas.

Al principio me fue difícil concentrarme, pero ya me iba acostumbrando. Mi exceso de entusiasmo también era controlado por la proximidad de Jennifer Leibman.

Había ocupado el asiento delantero.

Paralelo al mío.

Jennifer era la única encargada de aquel encantador grupo de jovencitas.

—¿Cree poder arreglar el aire acondicionado, Saylor?

Sonreí.

Con suficiencia.

—Seguro. Cuando nos detengamos para el almuerzo echaré un vistazo. ¿Por qué no se quita la chaqueta? Aquí dentro hace...

—No le he pedido consejo, Saylor.

Ahugué un suspiro.

Con Jennifer Leibman no era fácil terminar una frase.

—¡Eh, Mark...! ¿Cuántos habitantes tiene Milán?

La pregunta me la había formulado Pamela Smight.

La rubia de grandes ojos azules.

Junto con Sharon Brooks ocupaba los dos asientos primeros. En la fila de la izquierda. Tras el mío.

La contemplé a través del espejo retrovisor.

—Pues... no los he contado, pero Milán es la segunda ciudad de Italia por su población. —Milán no es gran cosa.

—No digas eso, Pamela —intervino severamente Jennifer—. Sólo por su catedral del Duomo, el mayor edificio gótico construido en mármol, se convierte Milán en ciudad única. Sin contar *La última*

cena de Leonardo da Vinci, que fuimos afortunadas de admirar en la iglesia de Santa María delle Grazie.

En el rostro de Pamela se dibujó un gracioso mohín.

—Sí, lo sé... pero me gustó más París. Una ciudad más seductora. Y apuesto que Venecia, sin catedral y sin Vinci, me entusiasmará. ¡La romántica Venecia...!

—Tonterías.

Dirigí una mirada a Jennifer Leibman.

Muy fugaz.

Empezaba a catalogarla.

La clásica mujer amargada y con firme vocación de solterona.

—¡*Figlio di cagna*! —vociferé por la ventanilla a un Fiat que me adelantó peligrosamente. Por el rabillo del ojo advertí la despectiva mirada de Jennifer. No hizo ningún comentario, pero se levantó del asiento avanzando con inseguro caminar por el pasillo del autocar.

La autopista hasta Verona era magnífica, no obstante realicé un movimiento de volante para esquivar un imaginario obstáculo. Sólo por el placer de contemplar por uno de los espejos retrovisores el trastabillar de Jennifer.

Y Jennifer Leibman se vengó.

Sí, maldita sea.

Desde los asientos finales arengó a las muchachas a interpretar una serie de canciones.

El autocar se convirtió en una jaula de grillos.

—¿Un cigarrillo, Mark?

—¿Cómo dices?

Pamela se levantó reclinándose en el respaldo de mi asiento.

—¡Que si quieres un cigarrillo...!

—¡Okay!

Fue ella quien me colocó el emboquillado en la boca. También me acercó la llama del encendedor.

La llama del encendedor... y el fuego que emanaba de su cuerpo.

Sí, diablos.

Aquella deliciosa criatura estaba apoyando deliberadamente sus senos sobre mi hombro derecho.

Aplastándolos contra mí.

Nos miramos a los ojos.

De inmediato los desvié hacia la autopista.

No por exigencias del tráfico, sino por el destello que había descubierto en aquellos ojos azules.

Pamela se dejó caer en el asiento contiguo.

El que Jennifer había dejado vacante.

—¡Qué calor...! Tengo el cuerpo mojado... Se me pega la blusa...

No.

No quería mirar.

Pamela había desabotonado los cierres superiores de la blusa anudada bajo el busto. Según como soplara el viento que penetraba por las abiertas ventanillas el espectáculo era total o parcial.

Unos senos erguidos. Duros. Blancos, acusando la falta de sol en aquella turbadora parte del cuerpo femenino.

—¡Pamela!

Entusiasmado con las rápidas e intermitentes miradas a Pamela, no me había percatado de que el coro de grillos había cesado en su canto.

Ni del retorno de Jennifer.

—¿Qué ocurre, señorita Leibman? —inquirió Pamela, con fingida inocencia.

—Abotónate la blusa y vuelve a tu asiento.

—Hace mucho calor y...

—¡Obedece...! Ya hablaré luego contigo, Pamela.

La joven obedeció a regañadientes.

Jennifer ocupó de nuevo su asiento.

El trayecto fue otra vez amenizado por canciones y juegos estúpidos, dirigidos por Jennifer desde el altavoz del autocar.

Combatí todo aquello con largos tragos de *whisky* de una pequeña botella camuflada como tónico para la tos.

—Ya estamos llegando a Brescia —anuncié—. Almorzaremos en el Paola. En el centro de la ciudad.

—¿Qué sabes de Brescia? —preguntó Sharon, con marcada malicia—. ¿Tampoco has contado sus habitantes?

Sonreí.

Aquella chica tenía humor.

—Es un villorrio insignificante. Lo único bueno a visitar es precisamente el restaurante Paola. Prepara la *prochetta* y el

abbachino como nadie.

Jennifer atrapó el micro.

Furiosa.

Se ladeó en el asiento para dirigirse a las muchachas.

—Estamos llegando a Brescia. Una de las provincias de Italia enclavada en la Lombardía, lindante con las de Sondrio, Verona, Mantua, Cremona, Bérgamo y Trento. La ciudad de Brescia, cuna del célebre Arnaldo de Brescia, se emplaza a orillas del Mella. Fue tomada por los franceses en 1509 y 1512. En la antigüedad fue conocida como Brixia, colonia etrusca. Encontraremos huellas de los galos cenomanos que en el siglo VI antes de Jesucristo embellecieron la ciudad. ¿Alguna pregunta?

Las muchachas no formularon ninguna, pero yo sí tenía curiosidad por saber una cosa.

—Oiga, señorita Leibman... ¿de verdad espera encontrar huellas de unos fulanos que pasaron por Brescia en el siglo VI?

Jennifer enrojeció.

Cerró el micro sin dignarse responderme.

Compensé mi falta de cultura con un nuevo trago de «jarabe para la tos».

* * *

El salón de té del Paola estaba en penumbra.

Solitario.

En placentera calma.

En aquellas primeras horas de la tarde, y con un sol de fuego descargando sobre Brescia, eran pocos los que deambulaban por la ciudad.

Excepto Jennifer Leibman y sus pupilas.

Pobres chicas.

Apenas concluido el almuerzo, se las llevó a ver monumentos. Había que aprovechar las tres horas de parada en Brescia. Yo me quedé en el coquetón, discreto y solitario salón de té.

Ya había solucionado la avería en el sistema de aire acondicionado. Con un poco de suerte aguantaría hasta llegar a Venecia.

Ahora estaba en pleno relax.

Saboreando el café y la copa de *brandy*.

—Hola, Mark. ¿Molesto?

Pamela pareció surgir de las sombras.

Como un fantasma.

Iba descalza. Con los mocasines en la mano derecha.

—Tú no puedes molestar jamás.

—Gracias, Mark. ¿Te he despertado?

Había cerrado los ojos sólo en plan de meditación profunda y trascendental.

—No. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí pérdida del rebaño?

Pamela dejó escapar los cascabeles de su garganta en alegre carcajada.

Se sentó a mi lado.

En el confortable diván.

—Me he torcido un tobillo. Eso al menos le he dicho a la señorita Leibman. La verdad es que no tenía ganas de andar. Prefiero tu compañía.

Alargué la mano hacia la cajetilla de Carlton.

—¿Qué edad tienes, Pamela?

—Soy mayor de edad, si es eso lo que te preocupa.

—Apuesto que acabas de cumplir los dieciocho. Yo estoy cerca de los treinta.

—¿De veras? ¡Qué viejo!

—Lo soy.

Me apartó el cigarrillo de la boca.

—Bésame, Mark.

—Oye, yo...

—No tengas miedo a la señorita Leibman. Aún le quedan treinta minutos de recorrido turístico.

—Eres tú quien me produce miedo, Pamela.

—¿Una huerfanita del Baldwin Center School? ¡No te creo...! ¿Qué hay de tu sangre latina? Era mentira, ¿eh?

—Mezclada con la tejana. Y no os mentí. Mi madre era italiana. De Nápoles. Engatusó a un funcionario de la embajada USA. Se llamaba Samuel Saylor. A los pocos meses de trasladarle a Londres, nací yo. Cuando cumplí los cinco años el bueno de Sam Saylor se dejó caer por Nápoles. Fue entonces cuando se enteró de que tenía un precioso bastardo.

—Y se casó con tu madre.

Sonreí.

—No. Sam Saylor ya se había casado dos años antes. Se limitó a reconocermme como hijo suyo, darme su apellido y pasar una cantidad mensual a mi madre. Cuando cumplí los doce años le escribí para comunicarle que mi madre había muerto y que ya no era necesario que enviase más pasta. Aquello le conmovió. Se personó de inmediato en Nápoles y me llevó con él a los paradisíacos Estados Unidos.

—Eres un cínico. ¿Tan mal te fue?

—¡No, no...! Sam Saylor volvió a reconocermme como hijo suyo, con su apellido, y adquirí la nacionalidad americana, aunque sin renunciar a la de mi nacimiento. Con doce años de edad me integré a la familia Saylor. A los veinte me largué del... hogar. Cansado de servir de criado a mis hermanastros. Permanecí una temporada en Dallas. En los circuitos automovilísticos. Me especialicé como un buen mecánico y excelente conductor de bólidos. Después de deambular de un lado a otro terminé en Nueva York. Siempre que puedo echo una escapada a Italia. En esta ocasión la he prolongado más de la cuenta por quedarme sin dinero.

—Y no quieres pedirlo a tu padre.

—El viejo murió hace cinco años. Me dejó en herencia un pedazo de tierra tejana. Con la esperanza de que fuera a cuidar las vacas y de paso ayudar a mis hermanastros. Renuncié a esa herencia. Amo demasiado la libertad.

Pamela entornó los ojos.

—Ése es también mi sueño... ¡Libertad...! Dentro de poco abandonaré definitivamente el Baldwin Center School. Y pienso vivir intensamente, conocer lugares maravillosos, sus gentes, vivir, amar...

—El Baldwin Center School no es un convento de clausura. Y menos para niñas millonarias como vosotras.

—Yo soy distinta, Mark. ¿Quieres comprobarlo?

Se abalanzó sobre mí, echándome los brazos al cuello.

Intenté rechazarla.

Sí, juro que lo intenté; pero cuando mis manos trataron de empujar aquel seductor cuerpo, percibí su calor, la piel de Pamela quemaba. Todo su cuerpo parecía despedir fuego.

Al igual que sus labios.

Entreabiertos.

Tentadores...

Me apoderé de ellos en voraz beso a la vez que mi diestra se introducía por el escote de la blusa aprisionando uno de aquellos compactos senos. Lo estrujé dejando que el dedo pulgar jugueteara sobre el erecto pezón.

Pamela se separó para tomar aliento.

Por poco tiempo.

Volví a besarla. Mordisqueando sus ardientes labios. Tirando de ellos con mis dientes... Mi mano derecha iba como loca del seno izquierdo al derecho. Sin dar abasto.

Pamela se reclinó en el respaldo del sofá. Estiró las piernas entreabriéndolas levemente a la vez que tomaba mi mano derecha para posarla sobre sus *shorts*.

También la mano de Pamela empezó a actuar.

Nuestro mutuo jadear resonaba alarmantemente en la silenciosa sala.

Y el silencio fue roto por un súbito griterío.

Voces, risas, gritos.

—Ya están ahí...

—Sigue, Mark —murmuró Pamela, con los ojos entornados—. No te detengas ahora... Una voz destacó de entre las demás.

La de Jennifer Leibman.

Audible pese a la cerrada puerta del salón.

Una voz cada vez más cercana.

Pamela reaccionó apartándose del peligro. Se incorporó corriendo hacia el tocador. Su desaparición coincidió con la llegada de Jennifer Leibman.

Forcé una sonrisa.

—¿Ya de regreso?

Jennifer se despojó de las gafas de sol.

Tenía unos bonitos ojos verdes, aunque de mirada muy poco tranquilizadora.

—Busco a Pamela Smight. Me ha dicho el barman que vio entrar aquí a una de las muchachas.

—¿Pamela...? Ah, sí... la rubia... Recuerdo haberla a visto entrar en los servicios.

—¿Le ocurre algo, Saylor?

—¿A mí? No, nada. Me encuentro perfectamente.

—Está muy congestionado.

—Debe ser por el calor.

—Ya que lo menciona... ¿pudo solucionar lo del aire acondicionado?

—Funciona a la perfección.

Jennifer consultó la esfera de su diminuto reloj de pulsera.

—Faltan tan sólo quince minutos para la salida, Saylor. Le sugiero que acuda a abrir el autocar para que las chicas puedan ir acomodándose con tranquilidad.

—Sí, es una buena idea.

Jennifer se introdujo en el tocador.

Aproveché para coger la jarra de agua depositada en la mesa y vaciarla sobre mi cabeza. No me hizo mucho efecto.

Al salir del Paola la sangre continuaba golpeándome con fuerza en las sienes.

El autocar estaba aparcado a poca distancia del restaurante.

Saqué las llaves para abrir la puerta delantera. Ya acomodado en el asiento del conductor, accioné el mando que abría la otra puerta de acceso.

Al depositar en la guantera el paquete de Carlton descubrí el sobre.

Lo contemplé perplejo.

No recordaba haberlo visto allí al salir de Milán.

No figuraba destinatario ni remitente.

Lo sopesé.

Tras unos instantes de duda decidí abrir el sobre. Su contenido me hizo poner los ojos como platos.

Estaba repleto de dólares.

Billetes de cien dólares.

Cuando me disponía a contarlos descubrí la cartulina entre los billetes. Con un breve texto escrito a máquina.

«El accidente debe ser esta noche en Venecia. La víctima será Pamela Smight. Los otros diez mil dólares los recibirá cuando haya realizado el trabajo».

Ya no sudaba. Tampoco tenía el rostro congestionado. Ahora estaba pálido y frío como un cadáver.

CAPÍTULO IV

La llegada a Venecia, aun en el anochecer, resultaba un espectáculo maravilloso e inolvidable.

Había efectuado el trayecto Brescia-Venecia en un tiempo récord, aunque para ello limitara las paradas en Lago Garda y Verona.

Quería llegar cuanto antes a Venecia y denunciar el hecho a la policía.

Todo el recorrido con los nervios a flor de piel. Ajeno al bullicio de las muchachas y a las protestas de Jennifer Leibman.

Entramos en Venecia por el Ponto della Liberta. El autocar quedó aparcado en la Aerostazibre existente a la entrada de la ciudad.

El hotel seleccionado era el Crogiolo. En Corte Canale. Próximo a la terminal.

El traslado al hotel, distribución de las habitaciones y todo lo demás pasó desapercibido para mí.

Mi mente era un torbellino.

Empezaba a dudar de mi decisión de acudir a la policía.

—¿Quiere firmar aquí?

Contemplé perplejo al fulano.

—¿Cómo...?

El recepcionista resopló con resignada mueca.

—Firme aquí y entregue su pasaporte, señor. Habitación ciento siete.

Me percaté de que estaba solo en la conserjería. Junto a los elevadores esperaban algunas de las chicas componentes del grupo.

—¿Qué habitación tiene la señorita Leibman? —interrogué El empleado consultó una lista.

—La número 210. En la segunda planta. Todas las señoritas están en la segunda planta. —Y yo en la primera, ¿eh?

—Ocupa una de las habitaciones habituales para guías. Le recuerdo que su factura no la cargamos a la Agenzia Gabbiano.

—¿Debo cenar en la cocina o en el comedor?

El recepcionista dejó resbalar una despectiva mirada sobre mi persona.

Estuve tentado de pegarle con el maletín en la cabeza.

—Comunícame con la señorita Leibman.

—Imposible. La señorita Leibman tiene ahora una comunicación de larga distancia. Está hablando con Illinois.

Eché un vistazo a la lista. Pamela Smight ocupaba la habitación 203. Compartida con Sharon Brooks.

Subí a la primera planta.

Mi habitación, aun siendo de las peores del Crogiolo, disponía de baño privado, aire acondicionado y teléfono.

Me senté al borde del lecho.

Con la mirada fija en el teléfono emplazado sobre la mesa de noche.

¿Qué hacer?

Llevaba horas dándole vueltas al asunto. Alguien quería desembarazarse de Pamela Smight. Y estaba dispuesto a pagar veinte mil dólares por ello. No era una cantidad muy elevada como pago de un asesinato, pero sí resultaba cuantiosa para un individuo como Mario Stoppa.

Ésa era mi deducción.

Mario Stoppa había aceptado matar a una de las componentes del grupo por veinte mil dólares. Incluso lo habría hecho por menos. Era un mal bicho.

Stoppa muere repentinamente, pero quien encargó el trabajo lo ignora y sigue con el plan trazado.

En Brescia deja el sobre con los diez mil dólares y señala el nombre de la víctima.

En Venecia, parada y muerte para Pamela Smight.

Si acudo a la policía, la persona que contrató a Stoppa se abstendrá de actuar por el momento. No contratará a ningún otro asesino por temor a que la policía esté vigilando a Pamela. Esperará la ocasión propicia. Tal vez fuera de Italia. El peligro seguiría

latente sobre Pamela.

Encendí un cigarrillo.

Bien.

Supongamos que no acudo a la policía. La persona que desea la muerte de Pamela pronto descubrirá que yo no soy Mario Stoppa. Máxime cuando mañana compruebe que sus órdenes no han sido cumplidas y Pamela continúa viva.

¿Qué hará?

Muy sencillo.

Eliminarme y recuperar los diez mil dólares.

Sí, diablos.

Eso es lo que hará. Silenciar mi boca. Sabe que estoy al corriente de su plan contra Pamela.

Mejor será llamar a la policía y contarle todo. Es lo más lógico y... prudente. Reconozco que no tengo madera de héroe.

Al coger el teléfono pienso en Pamela.

Su rostro, sus azules ojos, su sonrisa... Y recuerdo también sus deseos de vivir y de amar. Vuelvo a depositar el teléfono sobre la horquilla y abandono la habitación.

Subo al piso superior adentrándome por el largo y alfombrado corredor hasta detenerme frente a la puerta señalizada con el número 203.

Golpeo la hoja con los nudillos.

—¡Adelante!

Obedezco a la voz femenina y empujo la puerta.

La habitación era más amplia que la mía. Con dos camas gemelas separadas por una mesa de noche. Con un armario más grande, boudoir, butacas y vistas a uno de los infinitos ríos que surcan Venecia.

También Sharon ofrecía una bella vista.

Demasiado.

—Disculpa, Sharon... Quería hablar con Pamela, pero volveré luego.

Sharon, sentada en la butaca del boudoir, sonrió contemplándome a través del espejo.

—Nada de eso, Mark. Entra y cierra la puerta. ¡Eh, Pamela...! Tenemos visita.

—¡Ahora salgo! —contestó una voz desde el cuarto de aseo.

Sharon se incorporó avanzando hacia mí.

—Llegas en, el momento oportuno, Mark. No puedo con este maldito cierre.

Tragué saliva.

Sharon parecía más llenita que su amiga Pamela. Su cuerpo de curvas más acentuadas. Podía comprobarlo, ya que únicamente se cubriría con un pequeño *slip* y el sujetador que pugnaba por acoplar a sus senos.

Giró al llegar junto a mí.

Dándome la espalda.

Pegándose contra mi cuerpo.

Empujándose con su delicioso trasero.

—Oye, Sharon... si no te separas un poco no puedo... ¡Ya está!

Sharon se volvió sonriendo sensual. Tiró de la media copa del sujetador en un vano intento de cubrir la gran parte que quedaba al descubierto.

—¡Eres un encanto, Mark...! ¡Mereces recompensa!

Sharon saltó sobre mí.

Como una gata.

Colgándose de mi cuello.

No esperaba aquello y trastabillé retrocediendo hasta tropezar con las patas de una de las camas.

Caímos aparatosamente sobre el lecho.

Sharon quedó sobre mí.

Antes de que pronunciara palabra alguna, aplastó sus labios contra mi boca.

De pronto sentí un doble peso sobre mi cuerpo.

Y la voz de Pamela.

—¡Oh, Mark...! ¡Ahora no te dejaré escapar!

—¡Ni yo tampoco! —rió Sharon tirando hacia arriba de mi camisa—. Tienes que hacer el amor con las dos, Mark. ¡Es una orden!

Mis ojos parpadearon perplejos.

Aquellas dos chicas estaban locas.

Sharon se había colocado sobre mí a horcajadas. Pamela, envuelta en una toalla de baño, mantenía mi cabeza aprisionada entre sus flexionadas rodillas. Podía percibir el calor que emanaba de sus muslos.

Aquella situación, que ni se me ocurriría en el más lujurioso de los sueños, la consideraba ridícula.

Por supuesto que me gustaría hacer el amor con las dos, pero no en aquel momento, en aquellas circunstancias, y ellas como dominadoras.

Cuando me disponía a actuar rudamente para liberarme de ellas, la toalla que envolvía a Pamela cayó sobre mi cabeza ocultándome el rostro.

Escuché sus risas.

Alegres carcajadas, que súbitamente se interrumpieron.

Comprendí que algo ocurría.

Al quitarme la toalla de la cara, descubrí la presencia de Jennifer Leibman. Contemplándonos desde la puerta de entrada a la habitación. Roja como la grana. Movié los labios. En busca de palabras que no encontraba.

Sharon se retiró dejando de aplastarme el estómago. Apenas pisar la alfombra, y para más oprobio, se le cayó el sujetador.

No le había puesto bien el cierre.

—Estábamos jugando, señorita Leibman —murmuró Pamela, tapándose con la toalla—. Simulábamos propasarnos con Mark.

Jennifer dejó oír su fría voz.

—Salga de esta habitación, Saylor. Después de la cena quiero hablar con usted. Y vosotras dos, concluida la cena, volveréis a la habitación. Tú ocuparás la número 216, Sharon. Está libre. Os quiero aisladas.

—Teníamos permiso para salir después de la cena.

—Correcto, Sharon. Todas vuestras compañeras disfrutarán de unas horas para visitar Venecia de noche. No he impuesto horario alguno, ya que os considero lo suficientemente maduras y responsables. Pero lo vuestro, más que inmoralidad, es desvergüenza.

—¡Sólo jugábamos a...!

—¡Silencio, Pamela!

—Sí, señorita Leibman.

—Presentaré un informe de lo ocurrido a la dirección del Baldwin Center School. En cuanto a usted, señor Saylor, dudo que después de hablar con la J.

W. In

ternational *Tour*, siga prestando servicios en la Agenzia Gabbiano.

Simulé sentirme muy apenado.

—No ha ocurrido nada. Solo...

—Sí, lo sé. Solo... jugaban —dijo Jennifer, con muy mala uva—.

Salga de aquí, Saylor. Y recuerde que le espero después de cenar.

Abandoné la habitación.

No pensaba bajar al comedor. Esa cita con Jennifer Leibman me había quitado las ganas de comer.

Me tomaría un par de *whiskys*.

Era lo más apropiado.

CAPÍTULO V

Al subir la escalera que conducía al segundo piso del hotel experimentaba la sensación del condenado a muerte ante los peldaños, del patíbulo.

Sospechaba cuál iba a ser la reacción de Jennifer.

Prescindir de mis servicios y ponerse en contacto con cualquier filial de la J.

W. In

ternational *Tour* en Venecia.

Lo lamentaba por Girolamo.

No.

Por Girolamo no.

Por Francesca.

Cualquier agencia turística italiana hubiera ofrecido gratuitamente sus servicios a la todopoderosa J.

W. In

ternational *Tour*. Sólo por el hecho de figurar entre su lista de colaboradores.

Con la Agenzia Gabbiano había hecho su primer y único trato.

Al avanzar por el corredor sonó una voz a mi espalda.

—Mark...

—¡Oh, no...!

Mi exclamación hizo sonreír a Pamela, que asomaba su pícaro rostro por entre la abierta puerta de su habitación.

—Ven un momento, Mark.

—Oye, pequeña...

—No temas, Mark. Sólo quiero hablar contigo unos segundos.

Entra. En el pasillo puede vernos la señorita Leibman.

Aquello tenía gracia.

«No temas, Mark».

Como si aquella mocosa pudiera atemorizarme.

Pero entré en la habitación.

Pamela cerró apoyando su espalda sobre la puerta.

¡Maldita sea...!

Empecé a sentir miedo.

Pamela vestía un vaporoso deshabillé sostenido por dos frágiles tirantes. Los senos, breves y erectos, transparentes bajo la tenue tela. El negro encaje del minúsculo *slip* destacaba al contrastar con el níveo deshabillé.

El turbador espectáculo de aquel espectacular cuerpo no era más tentador que el brillo de sus azules ojos y la sensual sonrisa de sus labios.

—Quiero pedirte disculpas, Mark. Sharon y yo sólo tratábamos de divertirnos un poco. Jugábamos contigo. Tienes que creernos. No somos dos ninfómanas.

Parecía estar hablando en serio.

—Son juegos muy peligrosos, Pamela.

—Vas ahora a hablar con la señorita Leibman, ¿no es cierto?

—Ahá.

—Tanto Sharon como yo le hemos confesado la verdad. Que fue culpa nuestra. Prometió no tomar represalias contra ti.

—¿Y contra vosotras?

Pamela se encogió de hombros.

Uno de los tirantes se deslizó.

La muchacha lo enderezó maquinalmente.

—No nos importa. Al menos a mí. Sólo lamento no estar ahora disfrutando de la noche en Venecia.

—Tienes todo el día de mañana, Pamela. Y la noche. Saldremos hacia Roma pasado mañana.

—Sí, lo sé... Pero es triste perder cada minuto.

—No te comprendo...

Pamela sonrió.

Dulcemente.

Sus azules ojos, casi transparentes como las aguas del lago Garda, brillaron aún con más fuerza.

—No, Mark. No puedes comprenderlo. Tú has disfrutado de la vida. Yo sólo conozco el Baldwin Center School, de Wilkesville,

Illinois. El colegio más aristocrático de los Estados Unidos. ¡Una jaula de oro! Ésta es mi primera salida. España, Francia, Italia... Descubro que la vida es maravillosa, Mark. Que el mundo está repleto de gente que ama, ríe, llora... y yo disfruto conociendo esa gente. Amo la vida, Mark. Con todas las fuerzas de mi ser. Y no quiero dejar de vivir cada uno de esos maravillosos segundos. Puedo parecerte una chiquilla, pero es así. Mi entusiasmo, mi alegría, mi... desvergüenza, no lo interpretes mal. Únicamente quiero vivir y amar. ¿Es eso malo?

—Tienes dieciocho años, ¿verdad, Pamela? Quiera Dios que no se marchite en ti esa alegría de vivir. Yo, desgraciadamente, no voy por la vida dando saltos de júbilo.

—Haces mal, Mark. Se puede encontrar la felicidad simplemente contemplando una flor.

Sonreí.

Pamela, con todo su descoco, estaba resultando más cándida que una paloma.

—Es posible. Mi hermanastra, más o menos de tu misma edad, es feliz desayunando con heroína.

—Nunca te sirvas de los malos ejemplos, Mark. La vida ofrece cosas maravillosas.

—No lo dudo. Tú eres una de ellas.

Nos miramos a los ojos.

Pamela se aupó para colgarse de mi cuello. El deshabillé, que apenas le cubría la mitad del muslo, subió descubriendo parte del reducido *slip*.

Nos besamos.

Pamela giró para cerrar con llave.

De nuevo me envolvió con sus brazos.

—Mark...

—¿Sí?

—Conozco algunas palabras en italiano... ¿quieres oírlas? —me susurró Pamela, añadiendo—: *Volere fare il amore con te*.

La frase no resultó del todo correcta, pero hasta un sordo hubiera captado su significado.

Al abrir la puerta, dirigí una mirada hacia el lecho.

Pamela me dedicó una placentera sonrisa.

Salí de la habitación consultando el reloj.

Jennifer Leibman me había citado una vez concluida la cena. Y de eso ya había transcurrido una hora larga.

Estuve tentado de largarme a recorrer la ciudad, pero aquello solo añadiría leña al fuego.

Llegué ante la puerta señalizada con el número 210.

Mis dedos teclearon sobre la hoja de madera. Interiormente deseaba que Jennifer no respondiera a la llamada. Que estuviera ya dormida o que...

Se abrió la puerta.

—Ya no le esperaba, Saylor. No es usted muy puntual.

Quedé con la boca entreabierta.

Contemplando, perplejo, la metamorfosis originada en Jennifer.

Se había soltado el pelo. La negra mata de sus cabellos caía ahora majestuosa sobre sus hombros. Sin las sempiternas gafas oscuras pude admirar sus rasgados ojos verdes. También la larga bata anudada a la cintura resaltaba unas curvas disimuladas anteriormente por el severo traje-chaqueta.

—He dicho que entre... ¿le ocurre algo, Saylor?

—¿Cómo...? Ah, no... Disculpe mi demora, pero me he entretenido en...

—No me lo diga. Percibo el Chanel.

—Yo no...

—Cierre la puerta, Saylor.

Obedecí con una mueca.

¡Aquella mujer nunca me dejaba terminar de hablar!

Quedé en la antesala, mientras Jennifer abría la puerta que comunicaba con la habitación.

—He dejado un cigarrillo encendido sobre la mesa de noche —comentó Jennifer, adentrándose en la estancia—. Estaba leyendo en espera de que se dignara aparecer.

Me aproximé al umbral.

—¿Alguna novela porno? —Al instante me mordí el labio inferior—. Perdone... Sólo trataba de hacerme simpático.

—¿De veras? Me temo que sus gracias sólo pueden ser celebradas por jovencitas como Sharon o Pamela.

—No la considero vieja, Jennifer. Apuesto que no ha cumplido todavía los treinta años.

—¡Tengo veinticinco!

Jennifer enrojeció al instante.

Arrepentida de aquella espontaneidad.

—Con el pelo recogido, las gafas, aquel vestido... aparentaba los treinta; pero no ahora.

¿Quiere saber una cosa, Jennifer? Es fácil disimular la edad, pero imposible ocultar la belleza. Y su belleza...

Lo sabía.

Sabía que no me iba a dejar terminar.

Me interrumpió agitando unos papeles en su mano derecha.

—He escrito dos cartas, Saylor. Una a la J.

W. In

ternational *Tour*, y otra a la Agenzia Gabbiano. En la primera les pongo al corriente de lo ocurrido, y les sugiero que se le prohíba trabajar de cicerone en toda Italia. No volverá a ser empleado en ninguna agencia turística. La Agenzia Gabbiano también conocerá qué clase de empleado tiene a sus órdenes. Les ordeno que se le despidan en el acto.

—¿Cuál ha sido mi falta?

—Demasiado lo sabe, Saylor. ¿Olvida que le he sorprendido en... en...?

—Sigue, Jennifer —ya perdido, decidí tutearla con toda confianza—. Me sorprendiste en la cama con dos alumnas del honorable Baldwin Center School. ¡El Baldwin Center School...! Tiene fama internacional. ¡El mejor colegio de los EE. UU.! Sólo para hijas de magnates. Buena educación, moralidad a toda prueba... pero se les olvida lo más importante. Algo que...

—No me interesa su opinión. Y le aconsejo que deje de tutearme sin mí...

—¡Maldita sea! ¡Ya basta de interrumpirme! —me aproximé a Jennifer atenazándola por los hombros—. ¿Quién te crees que eres? ¿La reina de Saba? Yo te diré lo que eres, muñeca: ¡una amargada y reprimida maestra de escuela! ¡Aunque sea del Baldwin Center School!

—¡Suélteme!

—No sin antes escucharme. Comprendo que tienes que servir de

ejemplo a un grupo de alumnas enfundadas en falsa mojigatería. Debes vestir severamente, sin maquillaje, sin coquetear... *Okay*, Jennifer, perfecto. Pero ahora no estás en escena. No necesitas fingir conmigo —la solté para arrebatarme los papeles de la mano—. Estas cartas... aquí no denuncias, sino que lamentas. Lamentas no poder hacer lo mismo que Sharon y Pamela, lamentas no poder ser como ellas. No poder dar rienda suelta a tu deseo ni...

No sólo no me dejó terminar la frase, sino que me atizó una sonora bofetada.

Aquello era demasiado.

Se la devolví.

Con la zurda.

Un revés que la hizo trastabillar hasta caer aparatosamente sobre el lecho.

Me lancé sobre ella.

Creo que iba a gritar, pero taponé su boca con mis labios a la vez que sujetaba sus brazos.

Se debatió furiosa.

En vano.

El peso de mi cuerpo la inmovilizaba.

Su bracear reducido al mínimo al aprisionarla por las muñecas. Sólo movía la cabeza de un lado a otro, con el único resultado de que mis labios se posaran sobre su cuello, su mejilla antes de volver a unirse a los suyos.

Me mordió.

Y yo a ella.

Le mordisqueé los labios ávidamente, rematando la faena con un salvaje beso.

La tensión de su cuerpo desapareció paulatinamente. También dejó de bracear y mover la cabeza.

Me incorporé temiendo que le hubiera dado un ataque al corazón.

No.

Jennifer me contemplaba con los ojos entornados.

El rostro encendido...

Esperé alguna palabra.

Un insulto.

Una amenaza...

Nada.

Sólo aquella mirada en sus verdes ojos, que me hizo volver junto a ella.

Tiré del lazo que anudaba su cintura abriéndosele la bata. Jennifer lucía la clásica combinación que, sin ser transparente, sombreaba el sujetador y el *slip*.

—Mark... apaga la luz...

Sonreí.

Jennifer era clásica en todo.

CAPÍTULO VI

Jennifer me retuvo por el brazo.

Apretándolo contra sus desnudos senos.

—No te vayas, Mark... aún no...

Forcé una sonrisa.

Pamela, Jennifer y sin haber cenado.

Ya no podía más.

—Es muy tarde, Jennifer. Son cerca de las dos de la madrugada.

Después de conducir todo el día estoy algo cansado.

—Quédate conmigo, Mark. Te dejaré dormir. Te lo prometo.

—Eso mismo has dicho hace media hora.

—Ya estabas dormido, ¿verdad? Te desperté al encender la luz.

No pude resistir el besarte y luego...

Sí.

Luego con la luz encendida.

—No es prudente pasar aquí la noche, Jennifer. Ahora todos duermen y puedo salir sin peligro. Mañana podría verme alguna de las muchachas.

—Sí, tienes razón...

Salté del lecho.

Procedí a vestirme.

Mis movimientos eran observados por Jennifer. En sus verdes ojos un destello hasta entonces desconocido. Un brillo que yo había hecho renacer.

—Hasta mañana, Jennifer.

Me incliné besándola fugazmente en los labios.

Cogió una de mis manos.

—Gracias, Mark... Gracias por recordarme que sigo siendo una mujer. Tú estabas en lo cierto. La disciplina impuesta por el

Baldwin Center School me obliga a muchas cosas.

—Debes sacudirte el yugo, Jennifer.

Sonrió.

—Lo haré, Mark... Buenas noches. Soñaré contigo.

Abandoné sigilosamente la habitación.

El corredor estaba iluminado solo por los pilotos rojizos de situación.

Descendí a la primera planta.

Mientras giraba el pomo de la puerta señalizada con el número 107.

La luz de la habitación estaba encendida.

Y un individuo tumbado sobre la cama jugueteando con una pistola.

—Disculpe —sonreí forzosamente—. Me he equivocado de...

Mi retroceso fue cortado por otro individuo que surgió de detrás de la puerta.

Su diestra también empuñaba una automática.

—No, hermano —dijo empujándome hacia el centro de la estancia—. No te has equivocado de habitación.

El fulano cerró la puerta.

Su compañero se incorporó del lecho dedicándome una sonrisa.

—Nosotros sí nos hemos equivocado, Saylor. Te hemos entregado un sobre que no te mereces. ¿Serías tan amable de devolverlo? Hemos buscado por aquí, pero sin éxito.

Los dos hombres no eran italianos.

El marcado acento de su inglés les catalogaba como producto Made in USA.

—No sé de qué hablan...

—¿Has oído eso, Lee?

Lee, el fulano cercano a la puerta, chasqueó la lengua avanzando hacia mí.

—No demuestras mucha inteligencia, Saylor. ¿Sabes qué es esto?

Me estaba mostrando la pistola.

Una automática Walter

P-38

, de

9 mm

. Luger. Fabricación alemana.

—Una pistola de fogueo.

—¿De fogueo...! —rió el llamado Lee—. ¡Qué gracioso!

Para demostrarme que le había hecho mucha gracia, me golpeó con el cañón del arma en el estómago.

El trallazo me hizo realizar una profunda reverencia.

El otro individuo me enderezó aferrándome por los cabellos y tirando con fuerza. Apoyó el cañón de la pistola en mi mejilla.

—¿Dónde están los diez mil dólares, bastardo? Queremos los diez mil dólares y la nota.

—No sé nada... Yo no...

Lee volvió a utilizar el cañón de la Walter.

Dos golpes.

Costado izquierdo y derecho.

Mi aullido de dolor se cortó al aprisionarme el otro individuo la nuca con su pistola.

Lee me cacheó concienzudamente.

—No los lleva encima, Hubley.

—¿Dónde lo tienes, Saylor? Responde o te vuelo la cabeza.

—La... la nota la quemé... Los diez mil dólares ya me los he gastado...

Lee y Hubley intercambiaron una mirada.

Hubley fue el primero en reaccionar sacudiendo la cabeza.

—Es un bromista, Lee... Hemos topado con un bromista.

—Vamos a salir de la habitación, Saylor. Puede que la brisa de la noche te refresque la memoria. No intentes escapar ni hacer una tontería. No dudaremos en llenarte de plomo. ¡En marcha!

Me empujó hacia la puerta.

Salí escoltado por los dos individuos.

—La otra escalera, Saylor —indicó Hubley—. La de servicio. Al final del corredor. Abandonamos el hotel sin ser vistos por ninguno de los empleados.

Lo avanzado de la noche presentaba las calles, canales y puentes de Venecia desiertos. Las líneas de navegación por el Canale della Giudecca, S. Marco, Sacche, Grande y demás rutas que serpenteaban por la ciudad funcionaban sólo en espaciado e irregular servicio nocturno.

Venecia, la romántica y bella ciudad, me semejaba un gigantesco cementerio flotante. —Aquí mismo— dijo Hubley, deteniéndose en

uno de los múltiples puentes de la ciudad—. Es un buen lugar.

Sí.

La iluminación casi nula.

Ninguna casa cercana.

—Morir en Venecia... —suspiró Leo, sacando la Walter del bolsillo—. ¡Qué gran suerte, Saylor! ¿Me escribirás desde el infierno?

—Un momento... El sobre con los diez mil dólares y la nota están en la caja fuerte del hotel.

—Eres incorregible, Saylor. Nos hemos informado en recepción. Las propinas en dólares abren muchas puertas. Se nos permitió echar un vistazo al libro registro de depósitos.

Y allí no figurabas tú, Saylor. No has ingresado nada en la caja del hotel.

—Bueno, yo...

—No te molestes, muchacho. Ya daremos con ello. Lo importante ahora es cerrar tu boca.

—Un momento... Puedo hacer el trabajo de Mario Stoppa. Yo me encargaré de liquidar a Pamela Smight.

—Tú no eres capaz de matar una mosca. Nosotros nos...

Mi reacción sorprendió a Lee.

Le atrapé súbitamente el brazo armado tirando con fuerza hacia mí para recibirle con un rodillazo en el bajo vientre. Acto seguido le empujé contra Hubley.

Y luego eché a correr como alma que lleva el diablo.

—¡Hijo de perra...!

El insulto de Hubley acentuó la velocidad de mis piernas.

Al abandonar el puente salté sobre una embarcación amarrada en el río pasando así a la otra orilla.

El silbar de una bala sobre mi cabeza me hizo caer al suelo.

No había escuchado ninguna detonación.

Sin duda habían acoplado al cañón de sus armas un tubo silenciador.

Fui gateando hasta las escalinatas del Ponte di Storno. Lo recorrí deteniéndome jadeante al otro extremo.

Una sombra subía la escalinata.

Reanudé la carrera.

Al pasar junto a una inmovilizada góndola me detuve un

instante para coger la longitudinal pértiga.

Esperé agazapado en la oscuridad.

Sonaron unos precipitados pasos.

Apareció la sombra.

Era Lee.

Surgí de entre la oscuridad utilizando la pértiga como lanza. Violentamente golpeó contra el pecho de Lee. Soltó la pistola abriendo los brazos en cruz. El impacto le hizo retroceder cayendo al canal.

Me precipité hacia la Walter.

Apenas rozar la culata descubrí a Hubley encañonándome desde lo alto del Ponte di Storno. Me arrojé al suelo dando un par de vueltas. El proyectil rebotó a escasas pulgadas de mi cabeza.

Respondí al fuego.

Apreté el gatillo una y otra vez.

Hasta que el percutor pegó en el vacío.

Los disparos, aunque amortiguados por el tubo silenciador, resonaron con fuerza en mis oídos.

Hubley había quedado doblado sobre la baranda del puente. Con la mitad del cuerpo colgando.

Me incorporé.

Estaba sudando.

Un frío sudor bañaba mi cuerpo.

Mis ojos escudriñaron las aguas del canal.

No había rastro de Lee.

Caminé hacia el puente.

Hubley estaba muerto. Sólo una de las balas le había alcanzado. En la cabeza. Entre ceja y ceja.

Le registré los bolsillos.

Encontré un pasaje de avión. Roma-Venecia. A nombre de Adam Hubley Fechado hoy Un pasaporte USA con la fotografía de Hubley Según el visado de entrada, llevaba en Italia quince días.

Dejé de nuevo todo en los bolsillos de Hubley.

También la Walter.

Me incliné para atraparle por los tobillos y, sin el menor esfuerzo, arrojarle a las tranquilas aguas del canal.

Encendí un cigarrillo.

Morir en Venecia...

Sí.

Lee y Hubley habían sido muy afortunados.

* * *

Penetré en el hotel Crogiolo por su entrada principal. En aquel momento no había nadie en recepción, aunque me llegaron unas voces procedentes del cercano salón social. Corrí hacia la escalera.

No me interesaba ser visto. Mi aspecto no era muy presentable. No acudí a mi habitación, sino que subí a la segunda planta.

Accioné el interruptor del pasillo, deteniéndome frente a la puerta número 203.

Iba a llamar, pero antes se me ocurrió hacer girar el pomo.

La hoja de madera cedió mansamente.

Avancé hacia el lecho.

La luz procedente del corredor me permitió contemplar a Pamela.

Sonreí.

A los pies de la cama el deshabillé y el *slip*. No se había molestado en ponérselos de nuevo. Ni tan siquiera se levantó a cerrar con llave después de mi salida.

Pamela dormía plácidamente.

Con una expresión feliz en su rostro.

Los brazos extendidos.

La sábana por la cintura.

El acompasado subir y bajar de sus jóvenes senos delataba un tranquilo sueño.

Giré sobre mis talones abandonando silenciosamente la estancia. Al llegar a mi habitación me desnudé para seguidamente caer sobre la cama. Estaba hecho polvo. Había sido una noche muy agitada.

Y mañana me esperaba un duro día.

Tenía que servir de guía al grupo.

Plaza de San Marcos, Palacio de los Dux, Puente de los Suspiros... y el clásico recorrido en góndola, *ferry* o motonave por los canales venecianos.

Quedé dormido pensando en aquel maravilloso plan.

Unos minutos.

Eso me pareció, pero lo cierto es que habían transcurrido cinco

horas de reparador sueño.

Me despertó el taconear en la habitación situada encima de la mía.

Eché una somnolienta mirada al reloj.

Las ocho y cuarenta y cinco minutos a. m.

En recepción se había dado orden de que todo el grupo, incluido el guía, fuera despertado a las nueve.

No iba a ser necesario.

La mayoría de las chicas, se podía deducir por el alboroto, ya estaban en pie.

También yo abandoné el lecho.

Una ducha fría, limpieza de dientes y afeitado eléctrico, despejó mi somnolencia. Exceptuando algunas punzadas dolorosas en el costado izquierdo, estaba como nuevo. Silbando alegremente procedí a vestirme. El otro pantalón de repuesto y una camisa de bambula.

Saqué de la bolsa de viaje una cajetilla de Carlton.

Se notaba que Lee y Hubley habían puesto allí sus manazas en el deseo de encontrar los diez mil dólares y la comprometida nota.

Con un cigarrillo humeando en los labios, salí de la habitación.

Me disponía a bajar a recepción cuando sonó el grito.

Un desgarrador grito femenino acompañado de otros más.

Procedían del segundo piso.

Subí las escaleras como una exhalación. Notaba cómo una mano invisible atenazaba mi corazón haciéndome temer lo peor.

Había un gran revuelo en el corredor.

Me abrí paso.

Uno de los empleados del hotel estaba inmóvil y pálido frente a la abierta puerta de la habitación 203.

Sharon y dos muchachas más lloraban histéricas.

También estaba allí Jennifer.

Con el rostro desencajado y surcado por las lágrimas.

Al verme corrió hacia mí.

—¡Ha sido por mi culpa...! Yo la castigué y ella... ¡Oh, Dios mío...! ¡Yo soy la culpable!

—¿Pamela? —interrogué con voz apenas audible, conociendo cuál iba a ser la respuesta.

Jennifer asintió.

Moviendo la cabeza una y otra vez.

Nerviosamente.

—Sí, Mark... Está muerta... Se ha suicidado.

CAPÍTULO VII

Como un ángel dormido.

Sí.

Parecía un ángel.

Su rostro de serena belleza, sus cabellos rubios sobre la almohada... y el deshabillé envolviendo su grácil cuerpo.

Apreté con fuerza la mandíbula.

Se cubrió el cadáver con una sábana.

Ya había sido ordenado su levantamiento.

El comisario Sergio Carlini seguía haciendo rutinarias preguntas.

En un inglés amenizado con palabras y exclamaciones italianas.

Abandoné la habitación.

Ciego de ira.

De continuar allí hubiera terminado por cometer una tontería.

Otra más.

Ahora reconocía mi grave error. Ahora que ya era demasiado tarde. No acudí a la policía. No denuncié la amenaza que pesaba sobre Pamela Smight.

Y ahora Pamela estaba muerta.

Yo quería protegerla de su invisible enemigo. Con mi silencio deseaba atraer sobre mí al misterioso enemigo de Pamela. Quería salvarla...

—¿Qué le sirvo?

Alcé la mirada.

Había encaminado mis pasos al bar del hotel.

—Un *whisky* doble.

El barman sonrió.

—Usted es el guía del grupo de las norteamericanas, ¿verdad? Buen jaleo han organizado. Un suicidio no es agradable publicidad

para...

Sirvió el *whisky* y se alejó.

Estaba solo en el mostrador del bar.

Empecé a fumar cigarrillo tras cigarrillo.

—¿Qué le ocurre, Saylor? ¿Se siente culpable?

El comisario Carlini se había acomodado en el taburete contiguo.

Le contemplé fijamente.

Sin responder a su pregunta.

Como si no le hubiera oído.

Sergio Carlini parecía un hombre inteligente, aunque su rostro acusaba un sempiterno cansancio y aburrimiento.

—Ya bajan el cadáver. ¡Pobre bambina...! —El comisario chasqueó la lengua—. Jamás comprenderé a los norteamericanos. Píldoras estimulantes por la mañana para estar en forma y sedantes por la noche para conciliar el sueño. Deduzco que la infortunada Pamela Smight no quería suicidarse. Simplemente se le fue la mano en la dosis de tranquilizantes. ¿Comparte mi opinión, Saylor?

Exhalé una bocanada de humo.

Enfrentando mis ojos a los del comisario.

—¿Le interesa conocerla?

—Por supuesto. Le he estado observando, Saylor. Parece muy impresionado por la muerte de esa muchacha. Después de interrogar a Sharon Brooks y a la señorita Leibman, le comprendo. Se considera culpable del castigo impuesto a Pamela. Al igual que Jennifer Leibman. Es ridículo.

—Sí. Ésa es la palabra adecuada. Ridículo.

—Celebro que esté de acuerdo conmigo. Usted, según la versión de Sharon Brooks, fue objeto de un... juego que la señorita Leibman sorprendió. Reprendió a las dos muchachas y las castigó. Nadie podía sospechar tan trágicas consecuencias.

—Lo que considero ridículo es la hipótesis del suicidio —recalqué secamente—. Nadie se suicida por que se le castigue sin salir del hotel.

—Ese mismo razonamiento he dado a la señorita Leibman. Pamela era una joven demasiado sensible, demasiado romántica... Soñaba con admirar Venecia. El ver demorado su deseo hasta mañana la deprimió. Reaccionó de forma desproporcionada. Y su

depresión la impulsó a vaciar el tubo. Ignoramos de momento la cantidad de comprimidos existentes en el tubo, pero ciertamente la dosis resultó mortal. La autopsia determinará la cantidad.

—Puede que su compañera Sharon lo sepa.

El comisario Carlini suspiró.

Movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya la he interrogado sobre ese punto. Sharon Brooks descarta incluso la existencia de los tranquilizantes. Afirma que su amiga Pamela jamás tomaba sedantes para dormir.

—¿De veras? Muy curioso... ¿No se le ha ocurrido pensar en un asesinato, comisario? Sergio Carlini me miró fijamente.

No esquivé sus inquisitivos ojos.

—¿Por qué dice eso? Es absurdo. Pamela Smight estaba encerrada en su habitación. Al no responder a las repetidas llamadas de la señorita Leibman, se requirió al recepcionista para que acudiera con la llave maestra.

—¿Dónde estaba la llave de la habitación? ¿En la cerradura?

—No. Sobre la mesa de noche. Junto al tubo de tranquilizantes y el vaso.

—Lógico. El asesino utilizó un duplicado o una ganzúa.

Para poder cerrar desde fuera dejó la llave de la habitación en la mesa de noche.

El comisario rió.

En sonora carcajada.

—Tiene imaginación, ¿eh, Saylor? Venecia, ciudad tranquila y romántica, ya ha amanecido con dos muertes violentas. Dos individuos, también norteamericanos, han aparecido flotando en el canal. Ya lo leerá en los periódicos.

La llegada de un agente uniformado hizo que Sergio Carlini saltara del taburete.

—Comisario...

—Debo irme, Saylor. El cadáver ya está fuera y...

—Sólo una pregunta. ¿Cuándo será la autopsia?

—Hoy Dentro de unas horas. Se quiere trasladar el cadáver a los EE. UU. Mi jefe ha recibido una llamada del mismísimo Lorne Baldwin, fundador del Baldwin Center School, interesándose por el asunto y con el ruego de acelerar los trámites. Tengo entendido que han suspendido la gira turística. Todo el grupo regresa a los EE. UU.

Disculpe, pero no puedo perder más tiempo. ¡Ciao!

Dudé en salir tras el comisario.

Podía decirle que vi a Pamela dormir plácidamente. Sin tubo de tranquilizantes en la mesa de noche. La puerta de la habitación con la llave en la cerradura. Sin pasar el cierre. Que Pamela, a altas horas de la noche, dormía feliz.

Sin el deshabillé.

El deshabillé...

¿Se lo había puesto Pamela... o fue su asesino para presentar una escena más respetable de suicidio?

También podía presentar al comisario la nota y los diez mil dólares. Y hablarle de Lee, de Hubley...

No.

No lo haría.

El haber guardado silencio hasta entonces, y estar involucrado en la muerte de los dos hombres de Ponte di Storno, me ocasionaría muchos problemas. Podía convertirme incluso en el sospechoso número uno.

No quería arriesgarme a eso.

Necesitaba libertad para poder descubrir al asesino de Pamela.

Y eso me hacía sonreír.

Por primera vez en mi vida saboreaba interiormente el placer de la venganza.

* * *

Sharon ya no lloraba.

Sus ojos habían agotado las lágrimas.

—Háblame de ella, Sharon.

—No es cierto, Mark... ¡No se suicidó! ¡Pamela amaba la vida!

—Lo sé, lo sé...

—¡Y tampoco era adicta a los tranquilizantes! Odiaba todo tipo de medicamento. En el Baldwin Center School se filtran algunas dosis de LSD, anfetaminas, barbitúricos e incluso drogas duras. Pamela siempre las rechazó. Decía que la vida era demasiado hermosa y no necesitaba paraísos artificiales. Su modo de pensar, su alegría, sempiterno optimismo, era envidiado por todas nosotras.

—Tú eras su mejor amiga, ¿verdad?

—Sí.

—Quiero que me hables de la familia de Pamela. Los negocios de su padre, su fortuna, los posibles herederos... Quiero saber si alguien queda beneficiado con la muerte de Pamela.

Sharon parpadeó.

Contemplándome perpleja.

—¿Insinúas que alguien ha matado a Pamela?

—No descarto esa posibilidad, Sharon. Y no me preguntes más. Si mis sospechas resultan ciertas no quiero comprometerte, Responde. ¿Quién puede quedar beneficiado con la muerte de Pamela?

—Nadie, Mark, nadie...

—¿Nadie? Tiene que haber alguien... Alguien que compartiera con ella la fortuna de sus padres.

Los ojos de Sharon se nublaron.

—Antes, cuando te comenté el tráfico clandestino de drogas en el Baldwin Center School, olvidé mencionarte un pequeño detalle. Dada la dificultad y el severo control existente, el pago de cualquier dosis adquiere precios desorbitados. Un gramo de hachís no baja de los doscientos dólares, la dosis de LSD en los quinientos, la cocaína ochocientos dólares y la heroína sube de los mil. Cantidades desmesuradas, pero que se pagan en el interior del Baldwin Center School. Muchas compañeras afirman que si Pamela no toma ningún tipo de drogas es por no poder costearlas. Yo acostumbro a fumar hachís. En más de una ocasión se lo ofrecí gratuitamente a Pamela, pero se negó a consumirlo. Rechazaba incluso un vulgar comprimido de anfetamina. El no poder adquirirlo no era la causa de su abstinencia. Pamela era feliz. No necesitaba las drogas. Y eso nos avergonzaba interiormente a todas nosotras. No comprendíamos cómo Pamela, sin familia y sin dinero, podía ser más feliz que nosotras.

Mi mueca de estupor no pasó desapercibida para Sharon.

Esbozó una amarga sonrisa.

—Sí, Mark. Pamela no tenía a nadie. Incluso algunas de las aristocráticas alumnas del Baldwin Center School la ignoraban por ser una

D. P. B.

Las siglas responden al Departamento Protección Baldwin. Una

muestra de filantropía del Baldwin Center School. Acoger a huérfanas de edades comprendidas entre los cinco a diez años de edad. Les proporcionan cobijo y una esmerada educación hasta que cumplen los dieciocho años. Sin discriminación alguna por parte del personal docente y dirección del Baldwin Center School.

—¿Quieres decir que Pamela...?

Sharon asintió.

Aquel movimiento de cabeza hizo que dos lágrimas surcaran sus mejillas.

—Ingresó en el Baldwin Center School a los seis años de edad. Sus padres habían muerto en un accidente ferroviario y ella quedó desamparada. Pamela terminaba este año sus estudios en el Baldwin Center School y ya le habían buscado un empleo como programadora en la Baldwin Company de Chicago. Por su buen comportamiento y esmero en los estudios, fue seleccionada para este viaje fin de curso por Europa. Todas nosotras, a excepción de Pamela, hemos pagado la correspondiente tarifa a la J.

W. In

ternational *Tour*. La de Pamela era abonada por el Baldwin Center School en recompensa a su...

Un ahogado sollozo quebró la voz de Sharon.

También yo quedé en silencio.

Aturdido.

Sin saber qué decir.

Mi novelesca e infantil hipótesis de un maligno heredero de los Smight se había derrumbado como un castillo de naipes.

CAPÍTULO VIII

Fue un triste día en Venecia, aunque no todas las componentes del grupo respetaron el duelo por la muerte de Pamela.

Palacio de los Dux, la Loggetta, la Casa Dorada, la Torre del Reloj, Puente de los Suspiros, Puente Rialto, los espejos, mosaicos, encajes... Eran demasiadas las maravillas que ofrecía Venecia para permanecer ajeno a ellas.

Además, Pamela era sólo una

D. P. B.

Fue un día triste para Jennifer, Sharon y algunas pocas más compañeras.

Y también para mí.

Cualquier punto donde fijara los ojos se me presentaba el rostro de Pamela.

Sí.

Sus rubios cabellos extendidos sobre las aguas. Su cuerpo desdibujado por el leve oleaje quedaba roto al paso de las góndolas.

Arrojé el cigarrillo.

A los pocos segundos un nuevo emboquillado colgaba de mis labios.

Atardecer en Venecia.

Maravilloso.

Morir en Venecia...

—Discúlpame, Mark. Me he demorado en demasía, pero los problemas se han ido acumulando uno sobre otro.

Contemplé a Jennifer.

Su bello rostro seguía acusando las emociones del día. Tampoco había tenido un segundo de paz. Llamadas de Illinois, el comisario Carlini, trámites con Sanidad, pompas fúnebres...

Mi brazo derecho rodeó protectoramente los hombros femeninos.

Caminamos por el puente.

—¿Cómo te ha ido?

La muchacha ahogó un suspiro.

—De no surgir nuevas dificultades, creo que ya está solucionado lo del traslado. Aunque la Baldwin Center School ha presionado bastante facilitando las cosas, ha sido demasiado para mí. No puedes imaginar el papeleo que se necesita. En Italia, como en todas partes, el dinero mueve montañas. Esta misma noche el forense embalsamará el cadáver. Ya dispone del ataúd especial. Mañana será precintado y autorizado su traslado por las autoridades sanitarias.

—¿Conoces el resultado de la autopsia?

El rostro de Jennifer se ensombreció.

—Pamela ingirió seis o siete comprimidos. Posiblemente los que quedaban en el tubo de «Ilumyn». Creo que no calibró bien el alcance de su acción. Cada comprimido es de 10 mgrs. La dosis, aunque elevada, no es mortal de necesidad, pero el organismo de Pamela no la toleró. Afortunadamente ha quedado descartada la hipótesis del suicidio. No es lógico suicidarse después de hacer el amor. —Jennifer fijó sus ojos en mí. Con leve sonrisa, añadió—: Pamela, la misma noche en que tomó los comprimidos, realizó el acto sexual. Ese informe de la autopsia ha determinado que el comisario Carlini decretara la muerte de Pamela Smight como accidental.

Jennifer esperó algún comentario.

No lo recibió.

Nada tenía que decir.

Mi mente era un torbellino. Por supuesto que Pamela no se había suicidado, pero tampoco fue un accidente.

Asesinato.

Ésa era la palabra correcta.

Aunque... ¿cómo sabía el asesino que con siete comprimidos de «Ilumyn» ocasionaría la muerte de Pamela?

—¿Te ocurre algo, Mark?

Sacudí la cabeza.

—No, nada... ¿Quieres ir al hotel o prefieres cenar en otro

lugar?

—No pienso cenar.

—Apuesto a que tampoco has almorzado. Llevas todo el día de un lado a otro. Instituto Anatómico Forense, Pompas Fúnebres, Comisaría... Te llevaré a un lugar tranquilo y cenarás algo.

—No, Mark. No soy capaz de probar alimento. Todo esto me ha impresionado mucho. La muerte de Pamela y luego los burocráticos y materialistas trámites de su traslado a los EE. UU. Es cruel comerciar de esta forma con la muerte. Pobre Pamela... Siempre fui dura con ella. Mi severidad contrastaba con su sempiterna alegría. Yo no... ¡Dios mío...!

—Cálmate, Jennifer.

Asintió nerviosa.

Con forzada sonrisa frenó una lágrima que asomaba a sus ojos.

—Vamos al hotel, Mark. Tengo que telefonar a Illinois. El señor Baldwin espera mi llamada para que le informe de la marcha de los acontecimientos. Por supuesto, la gira ha quedado suspendida. Mañana por la noche hay un vuelo de Alitalia Venecia-Londres con conexión de madrugada con un avión Londres-Nueva York. Una vez en el aeropuerto Kennedy, hay infinidad de salidas hacia Chicago. Lo difícil está en el vuelo de mañana, aunque Alitalia me ha dado esperanzas de acoger a todo el grupo. Está de por medio la J. W. International *Tour* gestionando un cambio de reservas que permitan nuestro pasaje. —Desde Roma o Milán sería más fácil. Son escala de muchas compañías extranjeras con vuelo a los EE. UU.

—Sí, pero también me han informado de los requisitos necesarios para el traslado del cadáver por carretera. Y pudiendo solucionarlo desde aquí, tanto mejor.

A nuestra llegada al hotel, el recepcionista pasó a Jennifer un mensaje recibido de la J.

W. In

ternational *Tour*. Se habían conseguido las plazas necesarias para el vuelo de mañana con destino a Londres y la conexión con Nueva York.

Jennifer suspiró con fuerza.

—Algo sale bien... Voy a telefonar al señor Baldwin y luego informaré a las chicas de que mañana regresamos a casa. La J.

W. In

ternational *Tour* también me notifica que cancele los servicios con la Agenzia Gabbiano. Supongo que ya indemnizará a tu jefe.

—Eso me tiene sin cuidado —sonreí, tomando a Jennifer del brazo—. Ya que no vamos a cenar juntos, bebamos al menos una copita de despedida.

—¿Despedida?

Pasamos al bar contiguo a recepción.

Ahora sí estaba concurrido el mostrador.

Todos los taburetes ocupados. Algunos de ellos por muchachas del Baldwin Center School.

Nos acomodamos en una de las mesas.

Jennifer solicitó un zumo de naranja con ginebra.

Yo me limité a un Johnnie Walker.

—Mark...

—Sí, Jennifer. Es una despedida. Esta misma noche regreso a Milán.

—Lo comprendo. La J. W. International *Tour* también habrá comunicado con la Agenzia Gabbiano. Cancelado el servicio, no tiene objeto seguir aquí. Debes rendir cuentas a tus superiores.

—Correcto. Soy el empleado modelo.

Jennifer sonrió compartiendo mi ironía.

—Como guía dejas mucho que desear, pero como persona eres único. No te olvidaré. Mark.

—Tampoco yo, Jennifer.

Levantamos nuestros vasos.

Mirándonos a los ojos.

En mudo brindis.

* * *

Cuando abandoné el gigantesco estacionamiento, ya era de noche en Venecia.

Llevaba en mis bolsillos los diez mil dólares y la comprometida nota que anunciaba el «accidente» de Pamela Smight.

Habían permanecido ocultos bajo el asiento del autocar. En el tapizado.

Ante el temor de que siguieran mis pasos, realicé una serie de traslados de góndola en motonaves capaz de despistar al más sagaz

de los sabuesos.

En la *rent-a-car* de la terminal esperaba a mi nombre un Ferrari-400.

No llevaba ningún equipaje.

Del hotel solo había retirado los pasaportes y algunos objetos personales de la bolsa. Había telefonado al concesionario de la Agenzia Gabbiano en Venecia para que se hiciera cargo del autocar.

Yo regresaba a Milán en el Ferrari.

Y desde Milán, vía París, Londres o cualquier otra ruta, emprendería vuelo a los EE. UU.

En el primer avión.

Llegaría a Chicago antes que el grupo de la Baldwin Center School.

La orden de matar a Pamela no se había germinado en Italia, sino que procedía de Wilkesville.

Estaba seguro de ello.

Alguien deseaba la muerte de Pamela y había logrado su objetivo.

Y yo no descansaría hasta descubrir al culpable y hacerle pagar su crimen.

Aquellos diez mil dólares, anticipo a cuenta para un asesino, me iban a servir para llegar hasta el culpable. Los gastos que no hubiera podido costear, eran solucionados por aquellos diez mil dólares.

El culpable de la muerte de Pamela iba a contribuir a su propio fin. Los diez mil dólares que proporcionó para la muerte de Pamela serían destinados contra él.

Sonreí fríamente.

Mi primera compra en Chicago iba a ser una Magnum.

CAPÍTULO IX

Por los altavoces del OHare International Airport anunciaron la llegada del vuelo 771 procedente de Nueva York.

Terminé la espumosa *Molson*, encaminando mis pasos hacia una de las terrazas del aeropuerto. Próxima a la pista de aterrizaje donde iba a tomar tierra el vuelo 771.

Encendí un Carlton.

Había varias personas más esperando recibir a sus familiares o amigos.

Yo esperaba a un cadáver.

Los controladores de pista permitieron el paso de dos individuos. Dos individuos que vestían impecable traje oscuro de excelente corte.

Les seguí con la mirada.

Uno de ellos, de unos treinta y cinco años de edad, respondía al nombre de Thomas Metcalf. Era el secretario del Baldwin Center School. Su acompañante, de edad más avanzada, era el director de la Baldwin Company de Chicago.

Me había documentado sobre todo lo relacionado con Lorne Baldwin y su prestigioso colegio.

Metcalf y Donald Simmons estaban allí en representación de Lorne Baldwin para recibir al grupo... y al cadáver de Pamela Smight.

El avión tomó tierra sobre el caliente asfalto de la pista.

El sol caía como plomo.

Un día agotador.

Se colocó la escalera de descenso de pasajeros. Las compuertas del avión, cabina, pasajeros y carga, se fueron abriendo lentamente.

Metcalf y Simmons se situaron al pie de la escalerilla.

Fueron descendiendo los pasajeros.

Apareció Jennifer Leibman.

Encabezando el grupo.

Sonreí.

Jennifer lucía de nuevo uno de aquellos severos trajes y las gafas oscuras. Fue saludada por los dos individuos. Conversaron brevemente mientras las muchachas formaban disciplinadas a un lado.

Donald Simmons se aproximó a uno de los oficiales del aeropuerto. Llegaron dos hombres más.

A los pocos minutos apareció un *station-wagon* por la pista, estacionado bajo la compuerta de carga del avión. Junto a otros vehículos transportadores de equipajes y mercancías.

Jennifer y Thomas Metcalf se despidieron de Simmons.

Caminaron hacia la salida seguidos de las muchachas.

Me apoyé indolentemente en la baranda de la terraza. Muy cercano a la pasarela de desembarque.

Sonreí al ver la expresión de Jennifer.

Había descubierto mi presencia.

Con incrédula mueca reflejada en el rostro, se detuvo despojándose de las oscuras gafas.

Enfrentamos nuestras miradas.

Thomas Metcalf, que casi tropieza ante la súbita detención de la mujer, le dice algo. Jennifer, tras mover la cabeza de un lado a otro, reanuda la marcha, aunque sin resistirse a dirigirme intermitentes miradas.

Sin duda me tomaba por un espejismo.

Esperé unos minutos antes de encaminarme al *parking*. Tenía tiempo mientras pasaban los trámites aduaneros.

He alquilado un Corvette.

En magnífico estado y con motor potente.

Lo he probado en mi desplazamiento a Wilkesville.

Acomodado en el asiento del Corvette puedo contemplar el autocar rotulado con el nombre del Baldwin Center School. Está situado junto a un Cadillac «Fleetwood». Llegaron Jennifer, Metcalf y las chicas.

El Cadillac es ocupado por Thomas Metcalf y Jennifer. Las muchachas, portando sus respectivos equipajes, subieron al autocar.

Emprendieron la marcha.

También yo maniobro abandonando el estacionamiento.

El aeropuerto, emplazado a doce millas de Chicago, enlaza con varias autopistas.

El Cadillac y el autocar enfilaron por la Northwest Tollway.

En dirección a Wilkesville.

Apreté a fondo el pedal del gas. El intenso tráfico y número de vías de circulación permitió que mi adelantamiento les pasara desapercibido.

Wilkesville se situaba a unas cien millas de Chicago.

Una localidad pequeña, aunque próspera y con modernos edificios. Un par de teatros, patrocinados por la fundación Baldwin, varios cinematógrafos, cafeterías, hoteles, biblioteca pública... Esta última también bajo la tutela del Baldwin Center School.

Y precisamente el Baldwin Center School como orgullo de Wilkesville.

La comarcal, que parte de la Northwest Tollway y desemboca en Wilkesville, lo hace en el centro de la ciudad. En la City Garden. Una circular y ajardinada plaza donde se alzan los más importantes edificios.

Una de las principales industrias de Chicago es la imprenta.

Y en Wilkesville está una de las mejores de todo Illinois, la perteneciente a Lorne Baldwin. Se puede afirmar que proporciona trabajo a un ochenta por ciento de la población.

Estacioné el Corvette en la City Garden.

Veinte minutos más tarde, y desde la cristalera de un *snack*, presencié la llegada del Cadillac.

También se detuvo en la circular plaza, aunque sólo Jennifer Leibman descendió del vehículo. Con una maleta en la diestra, cruzó la calzada en dirección a uno de los edificios.

Abandoné el *snack*.

Alcancé a la muchacha cuando se disponía a entrar en el elevador.

—Hola, Jennifer.

El respingo de Jennifer hizo que soltara la maleta.

—Mark...

—¿Te he asustado?

—¿Qué haces aquí, Mark? Al verte en el aeropuerto no podía

dar crédito a mis ojos. Sonreí adentrándome en la cabina.

—¿Qué piso?

—Cuarto. Oye, Mark...

—Llegué ayer. Salí de Italia en mejor combinación que vosotras. Jennifer estaba aturdida.

Sacudió la cabeza.

—Pero... ¿por qué, Mark? No comprendo...

—Ya tenía proyectado abandonar Italia. Aquél era mi último trabajo con la Agenzia Gabbiano. Aunque mi domicilio habitual está en Nueva York, decidí darme una vuelta por Wilkesville. Hay que conocer mundo.

—No eres sincero conmigo, Mark.

Abandonamos el ascensor.

Jennifer abrió su bolso de mano deteniéndose ante una de las puertas del largo y enmoquetado corredor.

Pasamos al apartamento.

El *living* comunicaba directamente al salón. Mobiliario standard, aunque a todo confort. Silbé con admiración.

—Bonita cueva, Jennifer.

—No es mío —aclaró la muchacha—. Todos los apartamentos del edificio pertenecen a Lorne Baldwin. Los alquila a sus empleados.

—Parece que todo Wilkesville es propiedad de Baldwin.

—Puedes apostar por ello. ¿Y bien, Mark? ¿Quieres explicarme tu presencia en Wilkesville?

—Quiero asistir al entierro de Pamela. Eso es todo.

Jennifer entornó sus verdes ojos.

Fijos en mí.

—¿Por qué?

—Es lo menos que puedo hacer por ella.

—Sigues sin responder a mis preguntas, Mark. —Jennifer consultó su pequeño reloj de pulsera—, pero no insistiré más. El señor Baldwin me ha citado dentro de dos horas. Voy a ducharme y a cambiarme de vestido. Ha sido un viaje agotador. ¿Te hospedas en algún hotel de Wilkesville?

—Espero que me ofrezcas la hospitalidad de tu apartamento.

—Esto es Wilkesville —sonrió la muchacha—. Una localidad importante, pero pequeña y dada a los chismorreos. Aquí todo se

sabe. Si quiero seguir en el Baldwin Center School debo velar por mi reputación. Te aconsejo el Matton Hotel.

—Un *whisky* sí me ofrecerás, ¿verdad?

—Ahí tienes el mueble-bar.

Jennifer se alejó con la maleta.

Un mueble bar muy bien surtido. *Whisky*, *brandy*, vodka, ginebra... En botellas de cristal tallado. A juego con los vasos y copas.

Me serví un largo trago de *whisky*.

En uno de los muebles se acoplaba un televisor a color junto con el equipo de tocadiscos. Fui pasando los *long-play*

del álbum con intención de poner un disco. Bach, Chopin, Mozart, Schubert, Wagner...

Mejor olvidarlo.

Fui en busca de Jennifer.

Abriendo cuantas puertas encontré a mi paso.

De una de las habitaciones me llegó el chapotear del agua. El dormitorio era amplio. De una sola cama a juego con las dos mesas de noche, armario, tocador y butacas. El ventanal, con vistas a la City Garden, protegido por alegres cortinajes.

Se abrió la contigua puerta.

Jennifer apareció envuelta en una toalla de baño ceñida bajo las axilas.

—¿Qué haces aquí?

—¿Otra vez con esa pregunta? —Sonreí sentándome en el lecho.

—¡Ahora hablo de mi dormitorio! ¿Quién te ha autorizado a entrar?

—Me aburría en el salón.

—Oye, Mark...

Atrapé a Jennifer por la muñeca izquierda. Tiré de ella obligándola a caer en mis brazos. Abrió la boca para decirme algo.

Y aproveché para besar sus labios. Lentamente la situé de espaldas sobre el lecho. Abrí la toalla descubriendo la desnudez de su cuerpo todavía perlado por diminutas gotas de agua.

Me volqué sobre ella.

—No, Mark... ahora no...

—Dispones de dos horas —murmuré deslizando mis labios por el

frágil cuello hasta llegar a los turgentes senos—. Aún nos sobrará tiempo.

—No, Mark, no...

Jennifer se negaba ya con voz apenas audible.

Percibí el endurecimiento de sus senos acusando mis caricias. Mis labios llegaron al delicioso hoyuelo del ombligo besando ahora la suave curva de su vientre.

Las protestas de Jennifer fueron reemplazadas por ahogados gemidos.

Engarfió los dedos de sus manos en mi pelo apretando con fuerza mi cabeza contra su cuerpo. Comenzó a mover las caderas.

—Mark... ven...

* * *

Jennifer sonrió estirando voluptuosamente los brazos.

—No hay duda de que influye en ti la sangre latina, Mark. — Jennifer...

—¿Si?

—¿Cuándo es el entierro de Pamela?

Reconozco que mi pregunta fue oportuna.

Jennifer tiró de la sábana saltando del lecho. De uno de los cajones del armario extrajo un juego de ropa interior.

Ajena a mi mirada se ajustó el sujetador y el *slip*. Descolgó una de las perchas. Un vestido elegante y discreto.

—Pamela fue asesinada, Jennifer. Por eso estoy aquí. Jennifer quedó inmóvil.

Tardó en reaccionar.

—¿Cómo has dicho? ¡Oh, Mark...! ¿Te has vuelto loco? Alargué la diestra para coger mi chaquetilla. Abrí la cremallera del bolsillo interior.

—Echa un vistazo a esto.

Jennifer leyó la breve nota.

Su rostro adquirió la palidez de la azucena.

—No... no comprendo...

—Encontré un sobre en el autocar. Sospecho que lo depositaron en Brescia. Contenía diez mil dólares y ese mensaje. Dirigido al guía que yo reemplazaba. Un tal Mario Stoppa.

—No... no puede ser cierto...

—Lo es, Jennifer.

—¿Por qué no avisaste a la policía?

—Quería proteger a Pamela. Sí, Jennifer. Aunque resulte una cruel ironía, ésa era mi intención. Fracasé. Ya que no he podido evitar su muerte, quiero que su asesino emprenda también el viaje al Más Allá.

—Pero... ¿quién iba a desear la muerte de Pamela? Era una alumna bajo la custodia benéfica del Baldwin Center School.

—Lo sé.

—¿Por qué no acudes a la policía local?

—Tal vez lo haga, pero antes quiero agotar mis posibilidades. Investigaré en el Baldwin Center School. ¿Cuándo es el entierro de Pamela?

—Mañana.

—¿En el cementerio de Wilkesville?

—No. Pamela reposará en el cementerio privado del Baldwin Center School.

—Quiero presenciar ese entierro, Jennifer.

La muchacha dudó.

—No resultará fácil, Mark. Será una ceremonia íntima. Sólo las alumnas y personal docente del Baldwin Center School. El hecho de que Pamela Smight carezca de familiar alguno limita el acceso.

—Preséntame como un amigo de Pamela. Alguien que conoció en Italia y que le afectó mucho su muerte. Es la verdad.

—De acuerdo, Mark. Lo intentaré. La institución Baldwin es muy... conservadora. Cuando entregué mi solicitud de ingreso investigaron hasta los antecedentes políticos de mi abuelo.

—He echado un vistazo por allí. Aquello parece una prisión.

Mi comentario molestó a Jennifer.

—No digas eso, Mark. El Baldwin Center School es como un paraíso.

—¿De veras? Las murallas me impidieron comprobarlo.

Jennifer terminó por sonreír.

—Es un internado femenino. En las afueras de Wilkesville. Las murallas son para aislar a las muchachas de curiosos como tú. Tras esas murallas se encierra un frondoso bosque, jardines, fuentes... Y en medio de aquel verdor se alza majestuoso el Baldwin Center

School.

—Yo fui poco al colegio, pero no cambiaría la vieja escuela de Nápoles por el aristocrático Baldwin Center School.

—Eso no es... ¡Oh, cielos...! Ya voy a llegar tarde. ¡Y todo por tu culpa!

Jennifer se retocó nerviosamente frente al espejo del armario.

Tomó un bolso de mano a juego con el vestido y zapatos.

—¿Cenamos juntos, Jennifer?

—Conforme, aunque ignoro la hora en que regresaré del Baldwin Center School. Te llamaré al Matton Hotel. No olvides cerrar la puerta al salir. Y procura no ser visto por los vecinos.

Sonreí.

—Tranquila. Protegeré tu reputación.

—Otra cosa, Mark. —Jennifer se detuvo bajo el umbral—. Compra ropa algo más decente. Con pantalón y chaquetilla *jean* no puedes acudir al entierro de Pamela.

Sí.

Jennifer estaba en lo cierto.

Tenía que comprar ropa más adecuada.

No sólo por el funeral de Pamela.

Podía tratarse también de mi propio entierro y quería ir presentable al Más Allá.

CAPÍTULO X

Chaqueta *sport*, camisa oscura, corbata de seda natural y pantalón a juego.

Tampoco era necesario el luto.

No me gustaba para mi propio funeral. Y apuesto que Pamela, alegre y optimista, también aborrecería los colores fúnebres.

—Habitación 104, por favor.

El recepcionista del Matton Hotel, con una sonrisa más untuosa que la mantequilla, me tendió la llave.

El Matton Hotel era un moderno edificio de doce plantas. Emplazado en una de las esquinas al City Garden.

No me molesté en coger el ascensor. Un primer piso precisa poco ejercicio. Penetré en la habitación cerrando seguidamente con llave. No quería sorpresas.

Aunque la sorpresa ya estaba dentro.

Me disponía a colocar la chaqueta sobre una de las sillas cuando se abrió la puerta que comunicaba con el cuarto de baño.

Y apareció la muchacha.

Muy joven.

De unos quince años de edad. Pelo corto que destacaba el oval de su rostro. Vestía suéter y falda a cuadros. En sus manos un cartón de Winston.

La contemplé perplejo.

—¿Quién eres tú...? ¿Qué haces aquí?

La joven tiró el paquete al suelo.

Y empezó a gritar.

Como una loca.

Miré de un lado a otro tratando de descubrir el ratón causante de su alarido.

Nada.

—Oye, encanto...

Mi voz quedó ahogada por los berridos de la muchacha cada vez más estridentes. Comenzó a tirarse del pelo.

—¡Maldita sea...! ¿Quieres decirme qué significa todo esto?

La joven, por toda respuesta, se tumbó sobre la cama. Tiró del cierre lateral de la falda haciendo saltar los botones. Acto seguido, y sin dejar de aullar, se subió el jersey por encima del busto.

La contemplé embobado.

Sin reaccionar.

—¡Suélteme...! ¡Suélteme! —gritó la muchacha, arrancando con ambas manos su sujetador—. ¡Socorro...!

Ya no hacía falta explicación alguna.

Y reaccioné precipitándome hacia la puerta. Giré la llave, pero a mi empuje no cedió la hoja de madera.

Tiré del pomo.

Sin resultado.

La puerta no se abría.

Escuché pasos presurosos.

Y voces alarmadas.

Al girar la cabeza contemplé escalofriado a la muchacha.

Seguía con su *show*.

Después de hacer trizas el sujetador estaba tirando del elástico del *slip*.

Sonaron unos violentos golpes en la puerta.

—¡Abra...! ¡Abra enseguida...!

Qué más quisiera yo.

Se oían más voces.

—¡Ya viene el sargento Cardiff!

Con gran estruendo se cargó contra la puerta. Fue al segundo intento cuando saltó el cierre.

El primero en entrar fue un individuo alto y corpulento. De unos cuarenta años de edad. Lucía el uniforme de la policía local. En su diestra el reglamentario revólver.

Tras el policía asomaba la cabeza el recepcionista y algunos curiosos más.

—¡Levante las manos!

Obedecí con forzada sonrisa.

—Oiga... permita que le explique...

—No es necesario —me interrumpió el policía con la mirada fija en el lecho.

También yo contemplé a la muchacha.

Tragué saliva.

No.

No era necesario explicar nada.

La joven yacía despatarrada. Con el jersey por el cuello. Sobre los breves y desnudos senos se veía el sujetador hecho trizas. La falda abierta. El *slip* roto y enroscado a la altura de los tobillos.

Los desordenados cabellos semiocultaban el rostro de la muchacha.

Empecé a sudar.

—No es lo que imagina... yo no...

—No, el sargento Richard Cardiff, queda detenido por supuesto delito de violación de una menor. Puede guardar silencio...

—¿Guardar silencio? —grité, interrumpiendo al policía—. ¡Y un cuerno! ¡Todo esto es un truco! Es maldita loca se presentó...

El sargento Cardiff alzó el brazo armado.

Trazando un semicírculo.

El trallazo en el rostro me hizo caer aparatosamente. Acaricié mi mejilla izquierda percibiendo el trazo sanguinolento dibujado por el punto de mira del revólver.

—Le aconsejé guardar silencio, pero si quiere hablar debe hacerlo sin insultos.

Una mujer se abrió paso.

Era una de las camareras del hotel.

Se precipitó hacia la muchacha.

—¡Judith...! ¡Judith...!

Se abrazaron llorando a dúo.

—¿Qué ha ocurrido, Judith? —interrogó el sargento.

La joven respondió con voz dulce y candorosa:

—Subí... a entregar un cartón de Winston que habían solicitado de la habitación 104...

Me hizo pasar y cerró con llave... Cuando comprendí sus intenciones e intenté salir, se abalanzó sobre mí... Trató de violarme... Vuestra llegada lo impidió...

—¡Canalla...! —vociferó la angustiada camarera—. ¡Pobre hija

mía...!

Richard Cardiff desvió la mirada hacia mí.

—¿Qué tiene que decir a esa acusación?

Me incorporé.

Lentamente.

—Varias cosas, sargento. En primer lugar, yo no fumo Winston, sino Carlton. No solicité tabaco alguno y, por último, esa muchacha miente.

—¿Por qué no abrió la puerta cuando se lo pidió el personal del hotel?

—Lo intenté, pero la cerradura se había encasquillado.

—¿De veras?

—Sargento...

—¿Sí, Curtis?

Curtis era el recepcionista de sonrisa de mantequilla.

—Este hombre miente. Personalmente me pidió que se le subiera un cartón de Winston. Yo envié a Judith. A los pocos minutos, escuché los gritos. Sospechando que algo malo ocurría, ordené que fueran en su busca mientras yo intentaba abrir...

—Ya es suficiente, Curtis. Tú y Judith presentaréis más tarde la denuncia. Reúna sus cosas y acompáñeme.

Pocas cosas tenía que llevar.

En cuestión de segundos guardé el cepillo de dientes, la máquina eléctrica y poco más en el maletín.

Terminaba de ajustarme la chaqueta cuando fui cacheado por Cardiff.

Me arrebató la pequeña Sterling que llevaba en el bolsillo interior.

—Tengo licencia de armas, sargento.

Richard Cardiff sonrió.

—Nada le he preguntado.

Cierto, pero la sonrisa del sargento Cardiff fue más que suficiente para mí.

* * *

Terminé de vaciar los bolsillos.

—¡Eh, Ferguson...! Comprueba si ha olvidado algo.

Flint Ferguson, agente de policía de Wilkesville, era un individuo de rostro alargado y pálido. Ojos de enfermiza mirada. Sus labios dibujaban una sempiterna sonrisa repulsiva. Empezó a cachearme tirando del forro de los bolsillos. En el superior de la chaqueta encontró la cartulina.

—Sólo esto, Richard.

El sargento cogió el papel.

El mensaje a Mario Stoppa.

Lo leyó sin alterar un solo músculo de su rostro.

—¿Qué es esto, Saylor?

—Algo muy largo de explicar, sargento; pero que sin duda le interesará. Se trata del asesinato de Pamela Smight, alumna del Baldwin Center School.

Pues no.

Tampoco aquello impresionó a Cardiff.

Me contempló muy sonriente.

—Un asesinato, ¿eh? Sin duda te refieres al cadáver que ha llegado esta noche al Baldwin Center School. Una joven muerta en Italia.

—Correcto.

El sargento Cardiff encendió un cigarrillo.

Parsimoniosamente.

Después de succionar el cigarrillo, aplicó la llama del fósforo a la cartulina.

—¡Maldita sea! —exclamé tratando de detenerle—. ¿Se ha vuelto loco?

Clint Ferguson me empujó impidiendo que llegara a rozar al sargento.

Cardiff sopló sobre las cenizas.

—Ha destruido una valiosa prueba, sargento —mascullé furioso—. Una prueba de que Pamela Smight fue asesinada.

—Italia queda muy lejos, Saylor. No entra en mi jurisdicción.

Ferguson rió divertido.

—Eso ha estado bueno, Richard.

El sargento se incorporó del sillón encasquetándose el sombrero. Abrió una de las dos celdas existentes en la oficina.

—¡Adentro, Saylor!

Obedecí.

Richard Cardiff, tras cerrar la celda, arrojó las llaves sobre la mesa escritorio.

—Voy a salir, Ferguson. Redacta la acusación y que firme la relación de objetos personales.

—Correcto, Richard.

El sargento abandonó la oficina.

Clint Ferguson se situó tras la mesa escritorio. Tomó un tablero, papel y pluma. Hizo girar el asiento para enfrentarse a mí.

Sonrió mostrando unos nicotizados dientes.

—Bueno, Saylor... Ayúdame a redactar la acusación. Me gusta presentarla con detalle. Con mucho detalle... Conozco a Judith y me hago cargo de lo ocurrido. Es una jovencita que promete, ¿eh, Saylor?

Me senté en el camastro.

Sin dignarme contestar.

Ferguson prosiguió.

A sus ojos iba asomando un lujurioso brillo.

—Sí, Saylor... Imagino lo ocurrido. Judith llegó a tu habitación con el tabaco. Luciendo un suéter que marcaba sus pechos juveniles, duros, erguidos... Son así, ¿verdad, Saylor? Apuesto que tienen forma de pera.

Clint Ferguson rió en desaforada carcajada.

Le contemplé fijamente.

Aquel tipo estaba como una cabra.

—¿Sabes una cosa, Saylor? Yo no te acusaría de nada. También a mí me gustaría propasarme con Judith; pero sigamos... Ella se resistió. Tú la arrojaste sobre la cama, enloquecido por el deseo. Le levantaste la falda... ¿De qué color era el *slip*? Dímelo, Saylor.

Empezaba a cansarme.

—¿Por qué no cierra la boca, Ferguson? Cada vez que la abre es como si descubrieran una cloaca.

Aquello no le gustó.

Borró la sonrisa de los labios dándome de nuevo la espalda. Permaneció escribiendo a mano largo tiempo. Parándose a pensar. Sin duda quería darle estilo literario. Se incorporó acudiendo a la pequeña mesa donde reposaba la máquina de escribir.

—¿Puede darme el tabaco? —solicité—. Estoy algo nervioso.

Ferguson me arrojó el paquete de Carlton y una caja de fósforos.

Me entretuve viéndole escribir a máquina.

Era todo un espectáculo contemplar su teclear con el dedo índice de cada mano.

Empezó a darme sueño.

Me tumbé sobre el camastro.

Un cigarrillo.

Y otro...

Sonó uno de los teléfonos situados sobre la mesa escritorio. Clint Ferguson lo atrapó. Fue una conversación breve. Por parte del agente, se limitó a un *okay*.

Siguió tecleando sobre la máquina.

Me llegó el lejano sonido de una campana.

Once campanadas.

Pensé en Jennifer y en nuestra proyectada cena.

—¡Eh, Saylor...! Echa un vistazo a esto.

Ferguson me ofrecía un papel entre los barrotes.

Era una relación de mis pertenencias.

—Sí, es correcto.

—¿También la cantidad de dólares?

El tono de voz utilizado por Ferguson me hizo entornar los ojos dirigiéndole una inquisitiva mirada.

Había reseñado tres mil ochocientos cuarenta dólares con cuarenta centavos.

Aproximadamente otro tanto lo tenía en una caja de depósitos del OHare International Airport.

—Sí.

—Mucho dinero para llevar en los bolsillos, Saylor. Yo gano una miseria, ¿sabes? Los policías estamos muy mal pagados.

—Lo lamento. Tres mil dólares no son nada para mí —fanfarroneé con la mirada fija en Ferguson. Tras breve pausa, añadí significativamente—: Los entregaría de buen grado por estar lejos de aquí.

Ferguson no respondió.

Se pellizcó pensativo el lóbulo izquierdo.

—Oye, Saylor... Tú no eres mal tipo. Me resultas incluso simpático. Lo de Judith lo considero normal. Está demasiado apetitosa para no querer clavarle el diente. Cierto que intentar violar a una menor es peligroso, pero tú sólo querías divertirte un

poco. Sin hacer daño. Seguro que imaginabas a Judith de mayor edad. Sólo tiene quince años, pero está endiabladamente madura... Sus pechos se mueven provocativos a cada paso... Sus caderas son...

—Sí, Ferguson. Me equivoqué —interrumpí antes de que comenzara a babear—. Estoy muy arrepentido.

—Lo sé, muchacho. Me consta que no eres mal tipo. ¿Qué te parece si hacemos un trato?

—Lo estoy deseando.

Ferguson sonrió.

Su voz se hizo más confidencial.

—Imagina que me ausento unos minutos a hacer mis necesidades. La llave de la celda queda distraídamente al alcance de tu mano. Tú consigues abrir, retiras tus cosas y desapareces de Wilkesville.

—Y olvido sobre la mesa los tres mil ochocientos cuarenta dólares con cincuenta centavos.

—No los olvidas porque me los llevo yo ahora —sonrió de nuevo Ferguson—. Te dejaré los cuarenta dólares y cincuenta centavos.

—Eres muy generoso, Ferguson.

—No me lo agradezcas, muchacho. Me gusta favorecer al prójimo.

Clint Ferguson se embolsó los billetes desapareciendo seguidamente de la estancia. Para facilitarme más las cosas dejó la llave en la cerradura.

Permanecí unos instantes inmóvil.

Dudando.

Escapar me convertía en un fugitivo de la ley, aunque... tal vez no se denunciara mi fuga. El comportamiento del sargento Cardiff, quemando despreocupadamente la nota, resultaba extraño y muy poco ortodoxo.

Cualquier policía investigaría la veracidad de mi afirmación.

No dudé más.

Lo mejor era salir de allí.

Abrí la celda.

De la mesa escritorio retiré las llaves del Corvette, los cuarenta dólares, mi reloj, la documentación y otros objetos personales que repartí por los bolsillos. No encontré la automática Sterling.

Abandoné las oficinas.

Al salir a la calle me encontré con un Wilkesville oscuro y silencioso. Traté de orientarme. Me habían conducido desde el Matton Hotel en un auto patrulla.

La City Garden quedaba a mi izquierda.

Cuando me disponía a cruzar la calzada, la oscuridad reinante fue súbitamente rota por los focos de un auto.

Dos cegadores focos se centraron sobre mí.

El auto rugió sobre el asfalto avanzando a gran velocidad.

Instintivamente, me arrojé al suelo dando varias vueltas. Sonaron los disparos. Percibí un golpe en el zapato derecho. Una bala me había arrancado de cuajo el tacón.

Presa del miedo empecé a gatear por la acera.

El auto chirrió al frenar.

Volvieron a disparar contra mí.

Milagrosamente, esquivé las balas parapetado tras uno de los postes del agua.

Se abrieron las portezuelas del vehículo.

Me aproveché para emprender veloz carrera por la callejuela más cercana.

Pude oír la voz.

—¡Adentro, maldita sea...! ¡Tenemos que darle caza!

De nuevo el rugir del motor del auto atronó en el silencio de la noche.

Con la sangre golpeándome en las sienes, con el miedo en el alma y con aquel maldito zapato sin tacón, seguí corriendo hasta detenerme jadeante al final de la calle.

—Hola, Saylor. Te estaba esperando.

Clint Ferguson.

Al doblar la esquina.

Con su sonrisa enfermiza y el revólver en la diestra.

Mi reacción le sorprendió.

A decir verdad, también yo estaba sorprendido por aquel alarde de reflejos. Con la lengua fuera, sin haber recuperado el resuello, proyecté mi mano derecha contra el rostro de Ferguson. Replegado el anular, meñique y pulgar. Tensos hacia afuera los dedos índice y medio.

Sobre los ojos de Ferguson.

Violentamente.

El alarido de Ferguson debió despertar a todo el vecindario.

La proximidad del auto me hizo reanudar la carrera. Sin opción a quitar el arma a Ferguson.

Más disparos.

La falta de aquel maldito tacón me hizo trastabillar en más de una ocasión.

El vehículo que trataba de darme caza era un auto patrulla de la policía local de Wilkesville.

Muy significativo. Había picado el anzuelo tendido por Ferguson. Todo un truco. Lo del hotel, lo de encasquillar la puerta, la fuga en bandeja...

Y encima perdía tres mil dólares.

Maldita sea...

Al adentrarme por aquellas callejuelas dificultaba la maniobra del auto perseguidor; pero aquella situación no podía prolongarla por mucho tiempo. Todas las casas cerradas. Ninguna ventana iluminada. Nadie se asomaba ante el estruendo de los disparos. Divisé la City Garden.

Aquella zona sí estaba algo más iluminada, sin embargo comercios y establecimientos públicos cerrados y eclipsados sus luminosos de neón.

Cierto que lo avanzado de la noche contribuía a aquella soledad, pero resultaba muy sospechosa la total ausencia de vehículos y viandantes.

El Matton Hotel.

Aunque con el rótulo apagado, estaba iluminada la entrada.

Corrí hacia allí.

No era el lugar más apropiado, pero no se atreverían a disparar ante testigos.

La puerta vidriera del hotel estaba cerrada.

La golpeé con los puños.

—¡Abran...! ¡Abran la puerta...! ¡Quieren matarme!

A través del cristal, se veía al fondo el mostrador de recepción. El conserje me contemplaba muy sonriente.

Como si oyerá llover.

Escapé hacia el estacionamiento. Allí estaba mi Corvette.

Rebuscaba nerviosamente las llaves cuando me percaté de que

estaban pinchadas las cuatro ruedas.

Habían hecho un buen trabajo, pero no completo.

Abrí la portezuela.

Del salpicadero saqué el Smith Wesson 44 Magnum. Adquirido con la Sterling, aunque demasiado voluminoso para llevar encima.

Ya estaba allí.

El coche patrulla frenó junto al Matton Hotel.

Descendieron el sargento Cardiff y dos hombres más.

—¡Allí está! —gritó Cardiff descubriendo mi presencia—.
¡Rodead el *parking*!

El sargento corrió hacia mí.

Le sorprendió que esperara agazapado tras la portezuela.

Richard Cardiff se detuvo a unas veinte yardas. Entreabrió las piernas extendiendo el brazo armado. Con la zurda sujetó la muñeca derecha. Me apuntó cuidadosamente. Recreándose.

Yo no hice tanto número.

Asomé el hasta entonces oculto cañón del Smith Wesson y apreté el gatillo. Sin confiar mucho en mi puntería, accioné dos veces el disparador.

Estaba en plena forma.

El sargento Cardiff cayó con dos balas en la cabeza.

Aquello hizo que los otros dos policías tomaran precauciones. Ya no se trataba de cazar a una liebre, sino a un lobo. Centraron sus disparos sobre mí, pero ya había abandonado el parapeto del Corvette. Serpenteando bajo los coches fui desplazándome del *parking*. La oscuridad era ahora mi aliada.

Logré despistarles.

Pegado a las fachadas de las casas contemplé cómo uno de los policías hacía uso de la radio del auto.

Sin duda en demanda de refuerzos.

Confundido entre las sombras de la noche, trepé por la escalera de incendios. Al llegar a la cuarta planta, penetré en el edificio Utilizando la puerta de emergencia.

Jadeante y sudoroso llegué frente al apartamento de Jennifer.

Pulsé el llamador.

Transcurrieron unos segundos que me parecieron eternos.

La puerta se entreabrió lo máximo que le permitía la cadena de seguridad.

—Jennifer...

La muchacha palideció.

Quitó la cadena franqueándome la entrada.

—¡Mark...! ¿Qué ha ocurrido?

Pasé al salón dejándome caer al sofá.

Jennifer me contemplaba perpleja.

Con una bata de seda que no había reparado en cerrar. Su cuerpo desnudo se ofrecía ante mis ojos, pero yo no estaba para ningún tipo de entusiasmos.

Depositó el Smith Wesson a un lado mesando mis cabellos con ambas manos.

—Dame un *whisky*, Jennifer.

Obedeció presurosa.

Me tendió el vaso sentándose a mi lado.

—Mark...

—Sí, Jennifer... Voy a explicarte lo ocurrido...

—Adelante, Saylor —dijo súbitamente una voz—. También yo estoy impaciente por escucharte.

Un individuo surgió en el salón.

Le reconocí.

Thomas Metcalf, secretario del Baldwin Center School.

Aunque ahora no lucía su impecable traje oscuro, sino un ridículo pijama estampado.

Y en su mano derecha un revólver.

Tendí velozmente mi diestra en busca del Smith Wesson.

Ya no estaba en el sofá. Ahora lo tenía Jennifer. Y sonreía feliz mientras me apuntaba a la cabeza.

CAPÍTULO XI

Quise imitar a los héroes de película sonriendo fríamente ante la muerte.

Me salió una fea mueca.

—¿También tú, Jennifer?

—¿Por qué no, Mark? Se puede decir que todos trabajamos para Lorne Baldwin.

—Un momento, Jennifer. —Thomas Metcalf se adelantó unos pasos—. Deja que se explique. Me gustaría saber cómo ha llegado hasta aquí. A estas horas ya tenía que estar muerto. Ésas fueron las órdenes cursadas por el señor Baldwin.

Vacíé el vaso de *whisky*.

—El muerto es Cardiff.

—¡Infiernos!

Jennifer rió divertida.

—¿Te das cuenta, Thomas? Te advertí que era un tipo peligroso. Lo demostró en Venecia desembarazándose de Lee y Hubley.

—Pues ha llegado al final de su camino —sentenció Metcalf, acariciando significativamente el revólver—. Llama al señor Baldwin, Jennifer. Le informaremos de que el pájaro escapado se encuentra aquí.

—Oye, Jennifer... Cierto que es un largo camino —comenté con una indiferencia que estaba muy lejos de sentir—. Creo que merezco alguna compensación. No me gustaría marchar al Más Allá envuelto en un mar de dudas.

—Tienes razón, Mark. No sería justo. ¿Qué quieres saber? ¿Lo de Pamela? Es muy sencillo. Lorne Baldwin es uno de los más importantes magnates de la imprenta en todo el estado de Illinois. Empezó como vulgar maestro de escuela, pero de eso hace ya

mucho tiempo. Poco a poco fue adquiriendo prestigio. Un auge que culminó con el Baldwin Center School. Luego surgió la imprenta de Baldwin en Wilkesville, la de Chicago, la de Rockford, la de Springfield... Para levantar el imperio era necesario recurrir a toda fuente de ingresos. Aunque fuera tratando con entes ocultos de la Mafia.

—¿La Mafia?

—Sí, Mark. ¿Te sorprende? Lorne Baldwin se especializó en la red de drogas por todo Illinois. ¿Sabes una cosa? El Baldwin Center School, la cuna de la educación USA, el colegio más admirado y centro de alumnas millonarias, es uno de los principales consumidores de droga. A precio muy elevado. Las chicas sólo tienen que sacar los dólares a sus forrados padres para poder comprar la droga. Luego, ya fuera del colegio, siguen siendo clientas; aunque utilizando otros medios de distribución, ¿comprendes?

—Y Pamela descubrió...

—Oh, no... Nadie puede sospechar que es el mismo centro el que suministra la droga, aparentemente clandestina. Ocurrió que el Baldwin Center School amplió sus actividades. El tráfico de diamantes resulta muy rentable. Siempre que se haga con remesas importantes. Lamentablemente el control es muy riguroso. Cada vez más difícil hacerlos llegar hasta aquí. La Interpol, aduanas, FBI... Sí, Mark. Muy complicado. En más de una ocasión se quedaron con el lote ya casi en la escalera del avión. Se hizo necesario emplear nuevos métodos, nuevas ideas, nuevos procedimientos... ¿comprendes ahora?

Pues no.

Seguía sin comprender.

—Continúa, Jennifer. Soy un poco torpe.

—Muy sencillo, Mark. Hemos utilizado a Pamela. En su cadáver se camufló el más importante lote de diamantes. Piezas perfectas, valoradas en millones de dólares.

Contemplé fijamente a Jennifer.

Me resultaba increíble que pudiera hablar con aquella escalofriante indiferencia.

—Sucia ramera...

—No me guardes rencor, Mark. He llegado a apreciarte, ¿sabes?

Eres un tipo simpático... aunque un poco iluso. Cuando me telefonaron para advertirme que Mario Stoppa había muerto repentinamente, empecé a temblar. Yo, siguiendo las instrucciones, ya había colocado el mensaje y el dinero en la guantera del autocar. No conocía a Stoppa. Ignoraba incluso su nombre. Sólo se me había ordenado entregar el sobre al guía de la Agenzia Gabbiano.

—También estará involucrada la J. W. International Tour, ¿no es cierto?

—Correcto, Mark. Ya vas cogiendo el hilo —sonrió Jennifer, con sarcasmo—. En la Agenzia Gabbiano, en ese tal Stoppa, encontramos al hombre ideal. Un tipo sin escrúpulos y ambicioso. De ahí que la J.

W. In

ternational Tour seleccionara a la vulgar Agenzia Gabbiano. Sólo por Mario Stoppa.

—¿Por qué no utilizar uno de vuestros asesinos a sueldo?

Jennifer chasqueó la lengua.

—No, querido. La importancia del cargamento de diamantes requería todo tipo de precauciones. Contratar a un asesino nuestro o cualquier otro profesional del crimen europeo podría levantar sospechas en la Interpol. Controlan a los profesionales del crimen. Ver a uno de ellos deambulando alrededor de una inocente excursión de muchachas, la muerte de una alumna, aunque fuera... accidente... No, Mark. Había que utilizar a un desconocido. Alguien ajeno a la organización.

Sí.

Ahora estaba todo claro.

—Venecia... Precisamente Venecia, ¿verdad, Jennifer? Allí estaban los corrompidos funcionarios. Los que facilitarían la salida del cadáver después de... prepararlo.

—Sólo el forense y un par de funcionarios. El forense, tras practicar la autopsia y someter los resultados a las autoridades sanitarias, procedió a embalsamar el cadáver.

—Y entonces introdujo los diamantes cosiendo nuevamente el cuerpo de Pamela.

—Ahá. Todo salió bien, pese a tu intromisión. El comisario Carlini empezó a inquietarnos. Sin duda tú le mencionaste la posibilidad de un asesinato. La autopsia le tranquilizó. Ni tan

siquiera era suicidio. Un asesinato o muerte violenta hubiera retenido el cadáver en Italia.

—¿Cómo murió Pamela?

—¡Maldita sea! —interrumpió Metcalf, impaciente—. Ya basta de palabrería. Voy a llamar al señor Baldwin para que me indique qué hacer con...

Jennifer le dirigió una despectiva mirada.

—Espera, Thomas. Quiero que mi amigo Mark emprenda tranquilo el viaje al infierno. Te lo diré, Mark. Después de que tú eliminaras olímpicamente a Lee y Hubley, dos hombres dedicados al contrabando de diamantes y movilizados por la estúpida muerte de Stoppa, no me quedó otra solución que actuar personalmente. Acudí a la habitación de Pamela. La puerta no estaba cerrada con llave. Entré y la desperté. Le pregunté si se encontraba mal, que no hacía más que gritar y gritar... Ella se mostró muy sorprendida. Torpe y somnolienta, me pidió disculpas, imaginando que había sufrido una pesadilla. Yo le di un vaso de agua conteniendo comprimidos tranquilizantes. Se durmió profundamente. Y entonces le inyecté Vohim-X. Un líquido letal que no deja huella.

—Y aunque se detectara, ya se encargaría el forense de no mencionarlo en su informe de la autopsia.

—Eso es. Hemos estado muy preocupados desde que se descubrió la muerte de Stoppa. No tuvo tiempo de advertirme que no colocara el sobre en el autocar. Afortunadamente, tu estupidez nos benefició. Temíamos que acudieras a la policía italiana.

—¿Hubiera salvado a Pamela?

Jennifer rió divertida.

—No, Mark. Estaba sentenciada. Ella debía ser la víctima. Compréndelo. No era correcto utilizar a una de nuestras alumnas hijas de poderosa familia. El cadáver de Pamela nadie lo reclamaría. Nadie llorará su muerte. Al igual que la tuya, Mark. Nadie te llorará. Thomas Metcalf profirió una soez maldición.

Tomó el teléfono situado sobre uno de los muebles del salón. Tecleó un número en el dial. Sin dejar de apuntarme con el revólver.

Al igual que Jennifer.

Empecé a encomendar mi alma al Todopoderoso.

—¿Señor Baldwin? —sonrió Metcalf, muy ufano—. Le habla

Metcalf. Hemos...

Algo hizo enmudecer a Thomas Metcalf.

Quedó con la boca entreabierta.

Le vi palidecer a medida que iba escuchando a través del micro. Cuando colgó el auricular, su palidez era más que cadavérica.

Jennifer también se percató de ello.

—¿Qué ocurre, Thomas?

—He hablado con el señor Baldwin... Ha dicho que no hagamos nada contra Saylor y que permanezcamos con la boca cerrada.

Jennifer parpadeó.

—¿La boca cerrada?

La palidez de Metcalf fue acompañada de súbito temblor de manos.

También empezó a sudar.

—El

F. B. I.

ha acordonado el Baldwin Center School... Siguieron al féretro... Han descubierto lo de Pamela... Una veintena de agentes federales avanza ahora por las calles de Wilkesville...

Encendí un cigarrillo.

No sabía si reír o llorar.

EPÍLOGO

El inspector Ralph Carpenter, jefe del Federal Bureau of Investigation en Chicago, se incorporó del asiento tendiendo su diestra por encima de la mesa escritorio.

—Buenos días, Saylor. Tome asiento. ¿Qué le trae por aquí?

—Resulta que...

—¿Un cigarro?

Tomé el habano de la caja de cedro. El FBI seguía suministrándose de Fidel Castro.

—Gracias.

—¿Y bien, Saylor?

—No he recibido notificación alguna desde que firmé mi declaración. Han pasado ya muchos días y...

—Usted ya ha cumplido, Saylor. Y realizado una magnífica labor. Le supongo enterado de nuestro trabajo. Hemos depurado Wilkesville y, en especial, la fundación Baldwin. Una gran redada. Y usted como héroe. La muerte de Lee y Hubley en Venecia alertó a la Interpol. Investigó sospechando algo turbio en la muerte de Pamela Smight. Se puso en contacto con nosotros. El cadáver centró nuestra atención. La Interpol estaba ya tras la pista de un importante cargamento de diamantes. Narcóticos también estaba tras la pista del Baldwin Center School, aunque sin conseguir jamás prueba alguna. Ahora lo hemos conseguido. Un afortunado golpe de azar, aunque sin olvidar su intervención y la de la Interpol.

—También yo les estoy agradecido. Me salvaron la vida.

—Olvídelo. Estamos desmantelando una poderosa organización del crimen, que se camuflaba bajo una capa de honorabilidad y filantropía. La opinión pública aún no ha salido de su asombro. En especial los padres de las alumnas.

—No es oro todo lo que reluce.

—Cierto, Saylor, cierto; pero todos los culpables serán castigados.

—¿Todos?

Ralph Carpenter era un individuo de avanzada edad.

Un zorro viejo del FBI.

—¿Qué insinúa, Saylor?

—He seguido por la prensa la labor del FBI. Ciertamente han hecho una purga en Wilkesville, en el Baldwin Center Scholl, en la Baldwin Company de Chicago... Jennifer Leibman, Thomas Metcalf, Donald Simmons y otros muchos más han sido acusados y detenidos, pero Lorne Baldwin está en libertad.

—En libertad bajo fianza.

—Él es el principal culpable. El Gran Pulpo. Los demás son sus tentáculos.

—Eso lo determinará el juez, Saylor. Será un proceso largo y complicado. Thomas Metcalf se ha confesado responsable del tráfico de diamantes y...

—No hace más que seguir las instrucciones de Baldwin. Servir de cabeza de turco.

—Se hará justicia, Saylor, no lo dude.

—Seguro. No hay más que echar una mirada hacia atrás. Hay casos similares. Se condenará a Lorne Baldwin. ¿Un año? ¿Dos...? Puede que se le conceda una gracia especial recordando sus múltiples obras benéficas y...

—Cierre la boca, Saylor.

—Sí. De continuar hablando, vomitaría sobre su bonito despacho.

—¿Qué diablos quiere, Saylor? Hemos hecho la vista gorda en su irregular comportamiento. Reconozco que ha hecho un valioso servicio, pero también ha ocultado pruebas y se ha apropiado de dinero que no le correspondía.

—Cuando firmé mi declaración le entregué parte de ese dinero. No lo aceptó.

—Como recompensa a su labor.

—¿Recompensa o... soborno?

Las facciones del inspector se endurecieron.

—¿Quiere problemas, Saylor? Siga así y lo conseguirá. No sea

ridículo y deje actuar a la justicia.

Me incorporé.

Cansinamente.

—¿Puedo abandonar los EE. UU.? Me gustaría regresar a Italia.

—Por supuesto, Saylor. Es libre de hacerlo. Si le necesitamos sé dónde localizarle. Milán, ¿no?

No me digné responder.

Giré sobre mis talones.

Sí.

Regresaba a Milán.

Allí el aire era más puro.

Allí estaba Francesca.

FIN



Adam Surray, nació en La Coruña el 7 de mayo de 1943. Sin embargo donde ha pasado la mayor parte de su vida ha sido en Valencia, a donde se trasladó su familia en 1948 cuando él era todavía un niño, lo que no impidió que siempre haya seguido ejerciendo de gallego —seguidor del Depor incluido— y que vuelva todos los años, de vacaciones y a comer pulpo, a su tierra natal. Es el seudónimo con el que escribe José López García, un experto en la escritura en ciencia ficción y terror. Escritor habitual en la época dorada de la editorial Bruguera, colaboró con muchos de los textos de la colección La Conquista del Espacio, editada por Bruguera, como Accidente en la Ipsilon-V, Amor y Muerte en la Tercera Fase, Ataúd para un Robot, El Planeta de «No Volverás», Fauna Intergaláctica, entre otros.